



Hasta que nos
separe el

Amor



Vanessa
Lorrenz

Hasta que nos separe el amor

Vanessa Lorrenz

*“Mi verdadero propósito era verte, y tratar de averiguar si podía albergar alguna esperanza de
que me amaras”*

Jane Austen.

Título: Hasta que nos separe el amor.

Portada: Vanessa Lorrenz.

©2020 Vanessa Lorrenz.

Editora: Sonia Martínez Gimeno.

Todos los derechos reservados

2ª Edición: Junio, 2020

Es una obra de ficción, los nombres, personajes y sucesos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro sin el permiso del autor.

Capítulo 1

Madeleine miraba la luz resplandeciente del sol, que se reflejaba sobre el agua cristalina de la piscina de su casa. El clima era magnífico para pasar una tarde sobre una tumbona. Como siempre, tenía su pequeño block de notas donde dibujaba todas las creaciones que llevaría a cabo cuando fuera a estudiar a la universidad, quería ser la mejor diseñadora de moda que existiera en Manhattan. Su madre le decía que dejaría a la sombra a todas esas diseñadoras que no hacían más que crear pura basura.

Su familia era una de las más adineradas de la ciudad, su padre contaba con una empresa multinacional que daba los mejores rendimientos, económicamente nunca le había faltado nada y sus padres siempre estaban al pendiente de ella, pero tenían tantos compromisos laborales que nunca tenían el tiempo suficiente para estar con ella.

Se puso sus gafas de sol, pues la luz le daba directa a la cara, y aunque tenía un sombrero de ala ancha no quería que por un descuido su piel se resintiera, tomó un poco de protector solar para cubrir su piel apiñonada. Sus rizos rubios brillaban resplandecientes, a sus dieciocho años ya se proclamaba como una belleza, y su padre estaba orgulloso de ese hecho, decía que era hermosa e inteligente y así lo confirmaban las tres cartas de las mejores universidades de diseño que estaban esperando una contestación por parte de ella, el único problema es que aún no había decidido a cuál asistiría. Tenía tantos sueños e ilusiones que no podía esperar a que llegara el momento de comenzar a estudiar para diseñar la mejor moda que se hubiera visto jamás.

Iba a pasar las vacaciones con su abuela paterna. Resultaba que su padre siempre pensó que era huérfano de madre, desde muy chico tuvo que luchar en la vida por ser alguien e ir escalando posiciones sociales, pero de un momento a otro, cuando ya tenía un futuro establecido, su abuela apareció en la puerta de su casa para ejercer el papel de madre. Para todos fue una sorpresa,

Madeleine tenía cerca de diez años y aceptó la noticia con agrado, los abuelos por parte de madre hacía tiempo que habían fallecido, así que encontrarse a esa edad con una abuela fue lo mejor que le pudiera pasar. Y lejos de lo que pensarán, Valery Rochester tenía una enorme fortuna en sus cuentas bancarias y vivía de manera muy acomodada en una de las mejores zonas residenciales del extrarradio.

Saldría al día siguiente, aunque la casa de su abuela no estaba lejos, quería tomarse el día para ella sola. Con una sonrisa comenzó a dibujar en su block de notas el diseño de un abrigo que seguro volvería loca a más de una de sus amigas del instituto.

La carretera que llevaba a la zona residencial parecía sacada de esas películas de terror donde sólo se ven alrededor grandes árboles formando una perfecta fila, por suerte, en cuanto llegó a la pequeña comunidad donde vivía su abuela pudo conducir más tranquila. La enorme casa de dos pisos que se dejaba ver frente a ella no era nada comparada con su casa en la ciudad, pero suponía que para una persona sola, como su abuela, estaba más que bien.

Bajó del coche sonriente, levantando sus gafas de sol para ver a su abuela en el porche, esperándola con los brazos abiertos, tenía cincuenta y cinco años pero aparentaba cuarenta y cinco. Su rubia melena rizada estaba recogida en un moño alto, ese día lucía un elegante vestido color azul con una chaquetilla en color perla, ver las zapatillas del mismo color del vestido casi la hace gritar, las había visto en el Vogue la semana pasada y no lograba conseguir unas, y su abuela tenía unas por las cuales ella mataría sin lugar a dudas.

— ¡¡No lo puedo creer, abuela!! ¿Cómo has conseguido esas zapatillas?, ¡estaban agotadas!, la diseñadora ha dicho que no volverá a fabricar ese modelo.

—Contactos, niña, se llaman contactos, pero ¿qué manera es esa de saludar a tu abuela?. ¡Ven aquí y dame un abrazo!

Sonriendo se acercó para abrazarla, su inconfundible fragancia de Chanel inundó el ambiente.

—Dime que no fuiste de compras sin mí, abuela, estás usando un perfume nuevo.

—Niña, de vez en cuando es bueno darse una escapada.

—No sé si podré perdonarte que no me invitaras. —dijo mientras comenzaban a entrar en la casa, ya se ocuparían los del servicio de subir su equipaje. Pero por el momento necesitaba pasar un tiempo charlando con su abuela.

Pasaron la tarde sentadas en la terraza tomando un té helado, resulta que su abuela se había dado su escapada a París y no le dijo nada, de manera que estaba simulando que estaba enfadada porque no la había invitado a ir con ella. Sobre todo sabiendo que a Madeleine le encantaba París.

Su abuela tenía una infinidad de historias por contar, más aún con su reciente escapada, estaba escuchando muy atenta como su abuela salió a cenar con una diseñadora muy famosa cuando algo en el jardín llamó su atención.

No fue algo, más bien fue alguien, nunca en su vida se había topado con un chico que le alterara el pulso incluso estando a distancia. Su abuela estaba tan emocionada contando sus anécdotas que no se dio cuenta de que ella estaba perdida observando aquel chico. Al parecer trabajaba para su abuela, porque estaba cortando el césped de la parte lateral, tenía el cabello rubio ligeramente ondulado, desde la distancia en la que estaba no era posible distinguir el color de sus ojos, era alto, muy alto, calculaba que tendría como veinte años, una diferencia de dos años con respecto a ella.

—Niña, ¿qué miras tan ensimismada? —su abuela la miraba sonriente mientras dirigía su mirada a el objeto de distracción de su nieta—vaya, veo que nuestro Jasón ha llamado tu atención.

—Tendría que estar ciega para no percatarme de su presencia, abuela. ¿Quién es?

—Es el nieto de mi vecino, lleva aquí dos meses, le he dado trabajo cortando el césped, aunque más que trabajo es un favor, ya que no me cobra nada. Es un buen chico, lástima que viva en Houston.

—Tan lejos—dijo mordiéndose el labio inferior, necesitaba conocerlo a como diera lugar—supongo que regresará para estudiar la universidad.

—Creo que él no quiere, o eso me ha contado su abuelo, tiene demasiadas hectáreas de ganado. Su familia es muy acomodada y quieren que estudie, pero él quiere hacerse cargo del patrimonio familiar.

—Es muy guapo—dijo bebiendo de su té helado, él parecía notar que estaban mirándolo por que levantó la mirada y después saludo a su abuela con un gesto.

—Puedes conocerlo más tarde. Ahora deshaz tu maleta, tal vez puedas entablar una amistad con él, así no te sentirás tan aburrida al lado de esta vieja achacosa.

—Por dios, abuela, para nada estas achacosa. Eres la juventud hecha mujer.

Capítulo 2

Deshizo las maletas en un tiempo record, no quería perder ni un minuto más, se puso unos vaqueros ajustados y una blusa rosa de tirantes anchos, recogió sus rizos en una coleta alta y humedeció sus labios con un poco de brillo, esperaba aparentar ser un poco madura, quería dejar de verse como una adolescente, a sus dieciocho años no tenía mucho busto, pero su madre le decía que era normal, que después crecería.

Bajó hasta el jardín pero Jasón no estaba donde antes, caminó a la parte trasera de la casa, sabía que tenían un pequeño cobertizo de herramientas, posiblemente estaría guardando la podadora. Sus ojos cobraron un brillo especial cuando localizó a su objetivo, por un momento tuvo ganas de dar marcha atrás y regresar a la casa de su abuela, pero se dijo que ella no era una cobarde, caminó con paso decidido hasta donde estaba Jasón que sonrió nada más verla acercarse.

—Hola, soy Madeleine, la nieta de la señora Rochester— dijo metiendo las manos en los bolsillos de sus vaqueros, él no se había detenido de sus tareas y seguía guardando las herramientas de trabajo.

—Hola, creo que tu abuela ya te ha informado de mi nombre, un placer, Madeleine— Bien, ahora que demonios tenía que decir, es como si de repente todas las palabras hubieran escapado de su mente.— ¿Estás aquí de vacaciones?

—Sí—dijo como si fuera una boba sin tema de conversación, Jasón alzó una ceja animándola a continuar pero su cerebro no quería cooperar, vale, era momento de poner a sus neuronas a trabajar—sí, antes de empezar la universidad, ya sabes, un tiempo de descanso.

—No, no lo sé, en mi vida no hay tiempo de descanso. —esa respuesta no se la esperaba, lo único que ella quería era ser amable, pero al parecer Jasón no quería conversación por el tono de voz que estaba utilizando con ella.

—Discúlpame, no era mi intención molestarte. —dijo dispuesta a dar la vuelta. Pero antes de que diera un paso, Jasón la detuvo tomándola por el brazo, al instante sintió como si miles de descargas eléctricas la dejaran paralizada.

—Discúlpame tú a mí, no quería ser grosero, ¿te apetece salir a tomar un helado más tarde?.

Si esa era su manera de disculparse, la aceptaba más que encantada. Aunque dudaba que ese día pudiera salir con él.

—Me encantaría, pero hoy es imposible, ¿mañana tal vez?

—De acuerdo, tenemos una cita entonces —su acento un tanto pronunciado hacía que pareciese un tipo del oeste y le producía pequeños revoloteos en el estómago —, a las cinco pasaré por ti.

—De acuerdo—dijo sonriendo como una tonta colegiala, aunque claro, prácticamente era una colegia y tonta, para variar. Caminó como retrocediendo, como los cangrejos, no quería dejar de mirarlo, rogaba por no chocarse con nada que la dejará tirada en el suelo, porque sólo le faltaba eso para quedar en ridículo.

Su abuela estuvo muy animada en la cena contándole todo lo que sabía sobre Jasón, cuando le dijo que al día siguiente saldrían a tomar un helado se alegró por ella, eso sí, le advirtió de todos los peligros que corría, pero como solo irían a la heladería del pueblo, su abuela se quedó mucho más tranquila.

La que no pudo estar tranquila fue ella, porque cada vez que cerraba los ojos el recuerdo de la dulce sonrisa de Jasón le alteraba el alma. Era algo tonto, porque en el instituto había conocido a compañeros realmente guapos, que no les tenían nada que envidiar a los modelos de revista, pero ninguno había llamado su atención, hasta que Jasón se había cruzado en su camino. Para ella era un sueño, un sueño que no sería realidad porque él vivía muy lejos de su círculo de vida. Por un momento sintió una especie de escalofrío, era un hombre que le aceleraba el corazón, y eso que no habían cruzado más que unas palabras más allá de lo cortés. Por su mente pasó la idea que tal vez

la besaría y ese único pensamiento bastó para que ella comenzara a sudar de los nervios.

Por la mañana las mariposas en el estómago no la dejaban en paz, o tal vez era hambre, ya que no había cenado muy bien por estar pensando en que al día siguiente vería al chico guapo que cortaba el césped, se acercó varias veces a la ventana para descubrir que ese día no estaba arreglando el jardín. Pero, aunque la decepción era grande, se consolaba con el simple hecho de que a las cinco lo vería de nuevo.

Y lo mejor de todo es que ese hombre era muy puntual, a las cinco en punto estaba tocando la puerta de la casa de su abuela. Su corazón comenzó a latir a mil por hora, había elegido un suave vestido de gasa con un estampado floral, llevaba una chaquetilla fresca en tono amarillo y unas manoleínas del mismo color, esperaba estar presentable. Sus rizos rubios brillaban cayendo sueltos sobre su hombro. Estaba segura que si no se apresuraba a abrir la puerta tendría un infarto fulminante solo por la espera.

Los ojos de Jasón brillaron en cuanto la vieron, nunca olvidaría esa mirada, una mirada especial que le hacía todas las promesas del mundo, o tal vez se equivocaba y su mente estaba jugando con su imaginación. Su abuela bajó para recibir al recién llegado que, vestido con unos vaqueros desgastados y una camisa en color blanco, estaba para morir, después de escuchar todo el sermón de su abuela sobre que no debían hacer cosas buenas que parecieran malas, ni malas que parecieran buenas, pudieron salir de ahí con rumbo al pueblo.

Capítulo 3

La heladería era un lugar hermoso que estaba en medio del parque del pueblo, tenía un pequeño quiosco donde las parejas se tomaban un helado o las amigas se reunían para tomarse un granizado. Decidieron que se sentarían en un lugar lejos de miradas indiscretas, que por otra parte no eran más que miradas de desconocidos, pero no querían que su primera cita fuera observada por veinte pares de ojos, no les quedó más remedio que tomar una mesa que estaba ligeramente protegida por una columna.

Se instaló un silencio incómodo después de hacer el pedido, de tan nerviosa que estaba pidió un batido de chocolate y un helado tripe napolitano, Jasón la miró alzando una ceja, vale, tal vez se había pasado con la orden, sobre todo teniendo en cuenta que no sabía el presupuesto estimado para su primera cita. Ella tenía su propio dinero, pero no quería que Jasón se sintiera mal. Ya vería que sucedía cuando pidieran la cuenta.

Miró de un lado a otro incómoda porque no surgiera conversación entre los dos, la chica que atendía la heladería les sirvió los helados mirando como una depredadora a Jasón, ¡estúpida!. Con su sonrisa fingida, se le notaba a distancia que era una buscona de primera, ¡por Dios! si prácticamente le había puesto las tetas debajo de la nariz.

El muy cabrito sólo le correspondía con una sonrisa, vale, estaba claro que pasaba por la etapa de cazador al acecho de una presa.

—Y dime, ¿cómo es dónde vives? —dijo tratando de sacar un tema neutral, donde ninguno de los dos se sintiese incómodo.

—Es difícil ser objetivo al describir el lugar donde has crecido, para mí es el mejor lugar del mundo, no hay nada comparado con el amanecer, trabajar bajo el resplandeciente sol, ver el esfuerzo de varias generaciones, no lo sé, es una sensación que no sabría describir. Y si te refieres

en estructura, Rancho El Diamante es más que grandes extensiones de tierra, tenemos cerca de diez mil cabezas de ganado, mi casa es de dos pisos y aunque tal vez pueda parecer pequeña, es suficiente para tres personas.

—Así que eres hijo único.

—Sí, pero tengo un montón de primos, todos más mayores, son los mejores vaqueros del condado. No puedo esperar para convertirme en uno de ellos.

—Presiento que ya eres el mejor del condado.

—No tanto como quisiera, aún hay muchas cosas que aprender, pero mis padres están empeñados en que debo ir a la universidad. Mi abuelo, el vecino de tu abuela, tiene una de las multinacionales de la ciudad y quieren que le ayude a dirigir su negocio, pero yo me niego, no concibo la vida en la ciudad. Me abrume tanta contaminación.

—Yo amo la contaminación. —dijo suspirando de frustración. No entendía como ese hombre prefería trabajar más de ocho horas con ganado y polvo y no en una cómoda oficina dirigiendo el mundo.

—No entiendo como a las personas les gusta meterse en un automóvil y estar atascados en el tráfico más de una hora.

—Son los pequeños inconvenientes de vivir en un lugar que nunca duerme, yo tampoco me veo viviendo en un lugar donde hay que levantarse cuando canta un gallo, donde no puedes salir con tus amigas de copas o ir simplemente de compras.

—En Houston hay muchas cosas de las que hablas, pero está muy retirado de donde está el rancho, así que si necesitamos algo vamos una vez por semana a traerlo.

— ¿Y si surgiera un imprevisto? —estaba alucinada con sus palabras, estaba tan acostumbrada a tener todo lo que necesitaba al alcance de las manos.

—Los servicios están cerca, tampoco es que estemos en la época de las cavernas, hay transporte y

helicópteros, el médico vive a unas millas del rancho, el veterinario también vive en el pueblo, de hecho, en el pueblo prácticamente hay de todo y está más cerca que la ciudad. Y tú, ¿cuáles son tus planes para el futuro?

—Voy a ser la diseñadora de moda más famosa que conozcas. Estoy aún decidiendo a que universidad me inscribiré, pero me hace mucha ilusión que llegué el inicio de clases.

—¿Cuánto tiempo te quedarás con tu abuela? —pregunto él y en su tono de voz notó que algo de lo que había dicho no le había gustado.

—Un mes.

—Bueno, pues haremos que ese mes sea memorable.

Sonrió como una tonta enamorada, pero es que ese hombre le alteraba el corazón, sabía que estaba jugando con fuego, ya que ella era muy joven aún como para embarcarse en una relación sentimental, y con todos los pronósticos en contra de eso, un mes más y se marcharían tomando caminos diferentes.

Después de tomar el helado y de que, por suerte, Jasón sí contara con el dinero suficiente para pagar toda la cuenta, —y no porque quisiera que él pagara todo, sino porque no quería hacerlo pasar un mal momento—, decidieron que darían un paseo por el parque, no sabía por qué pero sentía algo que le oprimía el pecho, pero no como cuando tienes un mal presentimiento, no, más bien como cuando te inunda la felicidad, esa felicidad en la que no puedes parar de sonreír.

La llevó a casa de su abuela antes de que comenzara a oscurecer, en el trayecto hablaron de todo y a la vez de nada en concreto, en cuanto estuvieron frente al portal, ninguno de los dos sabía cómo comportarse, para Madeleine era la primera cita formal que había tenido, sí, ni siquiera había recibido su primer beso, aunque casi estaba pidiendo a gritos que Jasón la besara en ese instante.

—Supongo que hemos llegado al final de la cita.

—Supongo que sí, pero nos veremos mañana, si tú quieres—Jasón estaba tan cerca de ella, que

estaba segura que podía oír perfectamente el latir desenfrenado de su corazón—, porque sí quieres que nos veamos mañana ¿verdad, cielo?

El leve acento texano estaba volviéndola loca, no lo tenía muy marcado pero sí era notable que no era de la ciudad. Y ya con eso lograba derretirle las piernas como si fueran gelatina.

—Claro—fue lo único que pudo decir, ya que Jasón estaba acercándose peligrosamente bajando su rostro al de ella, le sacaba por lo menos una cabeza de estatura, de manera que sí que se tenía que inclinar algo. Por un momento maldijo la decisión de no ponerse tacones, por lo menos estaría un poco más alta—, ¿qué estás haciendo? —dijo con la voz temblorosa en cuanto sus cuerdas vocales volvieron a funcionar.

—Te voy a besar.

En las películas románticas, siempre las chicas cuando son besadas levantan un pie, ya saben, como si fuera un «clic», el clic del amor, pero Madeleine en ese momento no se acordaba ni de cómo se respiraba, mucho menos de levantar el pie. Y eso que Jasón únicamente estaba acariciando tiernamente sus labios, un simple roce, pero para ella fue como si miles de fuegos artificiales la atravesaran en un segundo.

Suspiró cerrando los ojos disfrutando de esa bella sensación, era por mucho lo mejor que le había pasado en la vida. Si tuviera el poder de detener el tiempo sin duda alguna lo haría.

Capítulo 4

Decir que los días posteriores fueron perfectos sería como decir algo que es muy obvio, por el día desayunaba con su abuela, caminaban alrededor de la casa, salían al pueblo de compras y ayudaba en las labores de la casa, no es que su abuela no tuviera empleados, pero el trabajo nunca se terminaba. Lo único bueno es que partir de las cinco de la tarde se daba una escapadita y se encontraba con Jasón.

Esa tarde estaba especialmente nerviosa, llevaban cerca de dos semanas saliendo con Jasón, semanas en las que aprovechaban para verse a escondidas en el cobertizo y aunque a nadie le habían hablado acerca de su relación, Madeleine estaba cada días más feliz, admiraba a Jasón mientras trabajaba, salían juntos a dar un paseo o simplemente se escondían en el cobertizo de las herramientas para darse un beso robado, besos que de vez en cuando se volvían más atrevidos y más pasionales. Ella no era ninguna ingenua, aunque acababa de cumplir la mayoría de edad, sabía perfectamente lo que se realizaba en un acto sexual. Infinidad de veces su madre charló con ella del momento en el que tuviera un novio formal, las consecuencias que traería no cuidarse durante una relación sexual y muchas cosas más que provocaban que ella únicamente bajara la mirada sonrojada.

No es que fuera una mojigata o algo parecido pero hasta ese preciso momento jamás la habían besado y jamás había sentido ese leve cosquilleo que la incitaba a querer más, a veces le rondaba el pensamiento de que estaba loca o algo así, sus amigas del instituto ya habían tenido su primera relación sexual y se contaban sus historias donde la única que no tenía nada que aportar era ella.

Pero esa tarde quería que fuera especial, quería dejarse llevar por lo que sentía, aunque estuviera mal. Esa misma tarde se celebraba una pequeña fiesta en el pueblo aledaño a la casa de su abuela, aunque al principio no estaba muy convencida de asistir, Jasón le dijo que era una festividad muy bonita y que le encantaría que lo acompañara. Madeleine, deseosa de poder pasar tiempo con él,

accedió cruzando los dedos para que su abuela no pusiera ninguna objeción.

El pueblo se había llenado de banderines de todos los colores, una gran feria estaba instalada a las afueras en una explanada enorme y todos parecían tener algo que celebrar, en la iglesia central estaban los feligreses adornando la entrada, el entusiasmo de la gente era contagioso, al parecer celebraban al santo patrón de la iglesia. Se abrieron carpas donde las personas comían y charlaban animadamente, Madeleine estaba radiante con su vestido color rosa, era ligero y fresco, Jasón la invitó a sentarse en una de las mesas y, muy solícito, se levantó para traer unas hamburguesas con patatas fritas, parecía que todos en ese pueblo estuvieran en una enorme barbacoa.

Madeleine, en la soledad de su casa sentía una opresión extraña de nostalgia, no es que le faltara el amor de sus padres, pero un poco más de su presencia en su vida tampoco le hubiera venido mal. Comieron las hamburguesas como si nunca en la vida fueran a comer de nuevo esos manjares, estaban charlando animadamente cuando vio que su abuela se acercaba del brazo de un hombre muy apuesto, si observaba fijamente, el parecido con Jasón era sorprendente, en cuanto llegaron hasta donde estaban se dio cuenta de porqué el parecido. Se trataba nada más y nada menos que de su abuelo. El hombre vestía un impresionante traje hecho a medida,— y era muy guapo—, su abuela estaba impresionante y tenía un brillo en su mirada que la delataba, estaba enamorada. Puede que no se conocieran tanto, o que el tiempo que compartían no fuera el que esperaban, pero ese sentimiento se notaba a kilómetros de distancia. Ambos los saludaron muy alegres para después sentarse a disfrutar también de la comida que se ofrecía. El abuelo de Jasón, —que, por cierto, se llamaba Arthur—, bromeaba con su abuela acerca de que ahora sabía el motivo por el que su nieto desaparecía por las tardes. Pasaron dos horas estupendas los cuatro juntos, pero decidieron que ya era momento de dar una vuelta por la feria. Las atracciones se quedaron cortas para ellos, en nada de tiempo ganaron varios premios, era algo loco, pero el primer amor siempre es eso: una locura total.

Y tal vez esa misma locura total fue la que los empujó a los dos acercarse al viejo cobertizo

donde guardaban las herramientas, siempre asistían para robarse algún que otro beso, pero ese día, esa tarde, todo sería distinto. En cuanto llegaron a la casa se percataron de que su abuela aún no había regresado, así que era una suerte por que tendrían unas horas hasta escuchar el sonido del coche del abuelo de Jasón.

Tenía plena conciencia de que estaban jugando con fuego, a lo largo de esas semanas les costaba cada vez más alejarse el uno del otro. Cuando Jasón la besaba de esa manera que parecía querer fundirse con ella, Madeleine simplemente perdía el norte.

Tal como en ese instante lo estaba perdiendo al sentir las manos de Jasón recorrer la distancia de su cintura hasta llegar al valle de sus senos, ese simple movimiento enviaba miles de estremecimientos que no la dejaban pensar con claridad. Lo único que tenía claro es que no pararía por nada del mundo, Jasón besaba sus labios como queriendo absorber su alma; y mucho se temía que estaba robándole algo de mayor importancia.

—Maddi, debemos parar— esa rara forma en la que pronunciaba su nombre en diminutivo la volvía loca, era escuchar esa palabra y que la piel se le erizara de puro estremecimiento—, si no me detengo ahora cometeremos una locura de la cual nos arrepentiremos.

Prácticamente no era consiente de nada sumida en esa neblina de placer que provocaba el simple roce de los labios de él vagando por su cuello, giró la vista para encontrarse con los ojos azules más inquietantes que la derretían con sólo posarse en ella.

—¿Quieres parar? —dijo insegura por temor a que la rechazara.

—No, pero no quiero hacer algo de lo que te puedas arrepentir después. —que pensara en ella la inundó de ternura, pero lo único que a ella la detendría en ese instante sería que él no sintiera la misma necesidad que ella tenía de estar a su lado.

—Yo tampoco quiero parar, de hecho, no creo ser capaz de detenerme en este instante.

Ninguno de los dos necesitó decir más palabras, no les importó si estaban dentro de un pequeño

cuarto donde sólo guardaban viejas herramientas, cualquier lugar era ideal para amarse sin más.

Capítulo 5

Las manos de Jasón recorrían su piel, centímetro a centímetro, torturándola a su paso. El fuego que estaba comenzando a inundarla amenazaba con acabar con ella, era como si de repente todos los poros de su piel clamaran por ser tocados. Los labios de él bajaban peligrosamente por su hombro a la vez que comenzaban a deslizar su vestido. Posiblemente para cualquier pareja el lugar era el más incómodo del mundo, pero Madeleine ni se enteraba, todo lo que estaba rodeándolos desapareció por arte de magia, únicamente eran ellos dos.

Su vestido había desaparecido por completo dejando expuesta su desnudez, tal vez fue la inmadurez de ella, pero de repente todo el valor que había obtenido fue reemplazado por una gran timidez. Jasón pareció notar sus inseguridades y la atrajo entre sus brazos besándola con tanta ternura que no hizo falta nada más, recostada sobre un viejo sofá miraba embelesada el rostro de Jasón con el corazón laténdole a mil por hora, en cuanto sus cuerpos se unieron por completo supo que no había vuelta atrás, estaba perdida, Jasón estaría impregnado en su piel para siempre, por mucho que los separaran kilómetros de distancia. Nunca dejaría de llevarlo dentro de su alma, para muchos tal vez sonaría a locura el hecho de enamorarse de una persona en menos de dos semanas pero Madeleine, desde el primer instante en que lo vio, supo que había encontrado a su alma gemela.

El sonido de un coche parándose los sobresaltó justo cuando estaban terminando de vestirse, Madeleine tenía el pelo revuelto y su vestido estaba completamente arrugado, pero nada de eso importaba, nada, porque la felicidad que sentía en ese instante no se comparaba con nada. Sonrió como una tonta al ver a Jasón terminar de abrocharse los botones de la camisa. Volvió la vista al sofá donde momentos antes estaba recostada y su rostro se tiñó de rojo carmín al darse cuenta que estaba manchado de sangre. Esperaba que nadie entrara a ese lugar, porque comenzarían a preguntar qué había pasado ahí.

—Descuida, vendré a limpiar más tarde, en cuanto mi abuelo se encierre en su habitación.

Parecían dos chiquillos haciendo una travesura, —aunque ambos eran mayores de edad—, por lo menos Madeleine sentía que estaba fallando en algo a sus padres y faltando al respeto a la casa de su abuela. Pero a pesar de que esos pensamientos la abrumaban no cambiaría por nada esa tarde, la tarde en que había descubierto lo mágico que era compartir un instante tan íntimo con la persona adecuada.

— Vendrás mañana, ¿verdad, Maddi? —dijo Jasón tomando su rostro entre sus manos y depositando un suave beso en sus labios—, nos veremos aquí a la misma hora. ¿Te parece?

—De acuerdo, mañana nos veremos—dijo sonriendo como una colegiala. Ambos salieron del cobertizo procurando que nadie los viera salir de allí. No es que se ocultaran o se avergonzaran de su relación, pero el tiempo que compartirían era muy poco como para involucrar a más personas dentro de una relación que tenía fecha de caducidad.

Los días siguientes fueron maravillosos, o por lo menos para Madeleine significaron la mejor etapa de su vida, pero esa era la última noche que pasarían juntos porque ambos partían para su destino a la mañana siguiente. Estaban recostados en el viejo sofá, después de hacer el amor, cuando las dudas la comenzaron a asaltar.

— ¿Qué va a pasar con nosotros, Jasón? —durante días ella evitó la pregunta porque no quería que él se sintiera incómodo o presionado a decir algo que realmente no sentía.

— ¿A qué te refieres?

—¿Nos escribiéremos por un tiempo, o hablaremos por teléfono, viajaremos para tener encuentros, o simplemente mañana olvidaremos este mes juntos?.

Jasón suspiró abrazándola con fuerza, como si no quisiera soltarla.

—Ven conmigo, Maddi, ven a vivir conmigo y te prometo que nada te separara de mí, a mi lado nada te faltará.

De todas las posibles respuestas, esa fue la que la dejó más descolocada, «ven conmigo» esas

palabras retumbaba en sus pensamientos, ¿y sus estudios? ¿su sueño de ser la mejor diseñadora de modas? No estaba segura de querer renunciar a todo por seguir a Jasón.

—Pero, Jasón, ¿qué ha pasado con lo de ir a la universidad?

—Maddi, yo no quiero una carrera profesional, mi vida está en mi rancho, no soportaría estar encerrado en una oficina—durante esos días habían hablado mucho acerca de la posibilidad de que él asistiera a la universidad como era el deseo de sus padres y, aunque su respuesta aún estaba pendiente, Madeleine pensaba que lo había convencido —, ven conmigo Maddi, en mi casa nada te faltará, trabajaré duro para que tengas una vida como la que llevas ahora.

Madeleine sinceramente lo dudaba, ahora estaba dividida entre hacer lo que consideraba una locura e irse con Jasón a un lugar que no conocía, o seguir el sentido de la responsabilidad y volver de regreso a casa de sus padres para comenzar la universidad.

—Pero tengo sueños que quiero llevar a cabo, Jasón, quiero convertirme en una gran diseñadora de modas.

—Si vienes conmigo no tienes que abandonar tus sueños. Puedes estudiar.

—Somos muy jóvenes para embarcarnos en un matrimonio ¿no crees?

—Lo único que creo es que no puedo alejarme de ti, Maddi, tengo un trabajo estable en el rancho, soy capaz de mantenerte como Dios manda. Por favor, piénsalo. Si decides venir conmigo, nos vemos aquí a las cinco de la mañana. Te voy a esperar, Maddi, porque de verdad quiero que estés a mi lado.

Cuando se despidieron fueron los minutos más agonizantes de su vida, quería dejarlo todo y salir corriendo detrás de él, pero tenía tantos miedos que era incapaz de tomar una decisión por ella misma. Su mente era un hervidero de pensamientos, sentía que tenía en la punta de sus dedos la felicidad absoluta, y si no aprovechaba la oportunidad, mucho se temía que se arrepentiría toda la vida preguntándose siempre qué hubiera pasado si se marchaba junto a Jasón.

Charló con su a abuela por la noche, porque al otro día saldría muy temprano para cualquier destino que eligiera y quería despedirse en condiciones, —tenía tantas dudas—, pero sobre todo tenía miedo, miedo a lo desconocido, miedo al qué dirán, siempre había escuchado que la felicidad está donde reside tu corazón, y mucho se temía que su corazón estaría a kilómetros de distancia de ella. Para ser más exactos estaría en un rancho perdido en Houston.

Capítulo 6

Madeleine miraba las grandes extensiones de pastizales a través del cristal del autobús que la llevaría al Rancho El Diamante, su corazón latía desenfrenado por la locura que estaba a punto de cometer, pero no quería estar lejos de Jasón ni un sólo instante, nadie sabría que estaban juntos, seguramente pasarían días hasta que alguien se diera cuenta de que no estaba en casa de su abuela a menos que hablaran con ella. ¡Dios! Esperaba que a sus padres les surgiera un imprevisto en su trabajo para que les fuera imposible regresar a casa.

Miró de reojo a Jasón que estaba reclinado sobre el asiento del autobús, dormía plácidamente mientras ella no conseguía ni un poco de sosiego. Suspiró pensando que era la decisión correcta, ella amaba a ese hombre, la gente tal vez la criticaría y le diría que era un simple enamoramiento, de esos de los que te sube la calentura a la cabeza, pero ella sabía que no era cierto, y estaba dispuesta a recorrer medio mundo siempre y cuando fuera de la mano de Jasón.

Las horas sentada en ese autobús se le hicieron eternas, aunque podía haber pagado el billete de avión, no lo hizo porque Jasón no se lo tomó nada bien en cuanto se lo comentó, alegando que si iba a ser su mujer él se haría cargo de todos los gastos. Por lo tanto, les había tocado viajar transbordando en autobús, por suerte esa era su última parada. Estaba prácticamente por caer la noche cuando llegaron a Houston. Esa noche la pasarían en un pequeño hotel de la ciudad, algo que Madeleine agradecía enormemente, su aspecto era deplorable después de subir en un autobús y bajarse para subirse a otro.

En cuanto les dieron la llave de la pequeña habitación se dio una ducha que le relajó cada uno de sus músculos entumecidos por estar en la misma posición durante horas. En cuanto salió de la ducha se dio cuenta de que Jasón estaba vestido para salir y ella ya se había puesto el pijama.

—No mencionaste que saldríamos, pensé que estabas demasiado cansado como para salir.

—Tengo que comprar un par de cosas antes de que llegemos a casa —dijo caminando hacia la puerta—, prometo que no tardaré, puedes pedir que nos traigan la cena a la habitación, en cuanto pueda estaré de vuelta.

Se acercó a ella para darle un suave beso en los labios y después desapareció dejándola un poco desconcertada. Suspiró mirando la cama de dos plazas, se recostó en ella tratando que la venciera el sueño, pero estaba tan cansada que no lograba cerrar los ojos, frustrada llamó a la recepción para pedir que les sirvieran algo de cenar. La habitación tenía una ventana no muy grande pero que dejaba ver las luces de la ciudad. Madeleine se preguntó por un momento si estaba en el camino indicado, se sentó en una silla que estaba al lado de la ventana y tomó entre sus dedos la tela de una de las camisas de Jasón y la acercó a su rostro para aspirar su aroma. Así que mirando las pocas estrellas que se alcanzaban a ver en el firmamento se dio cuenta de que sí estaba en el camino correcto, porque era el camino que la llevaría a la felicidad.

Se quedó dormida sobre la silla esperando a que Jasón llegara, no supo exactamente cuánto tardó, de lo único que se dio cuenta fue de que la tomó entre sus brazos y la acomodó en la cama, arropándola para que no tuviera frío. Por la mañana la luz del día se reflejaba por la ventana, una caricia en la mejilla la hizo darse la vuelta para ver a Jasón recostado junto a ella.

—Llegaste —. Fue lo único que dijo mirándolo a los ojos con todo el miedo reflejado en su mirada, por un instante tenía la idea de que la dejaría abandonada a su suerte en ese hotel.

—Tenía que comprar algo importante, cielo. —dijo él acariciando su mano, entonces se percató de que algo brillaba entre sus dedos, un hermoso anillo con un diamante en forma de corazón estaba situado justo ahí, donde se utiliza el anillo de compromiso.

— ¿Qué significa esto? —era el anillo más perfecto que había visto en su vida. Vamos, que si le dieran a escoger uno, definitivamente ese sería el indicado.

—Si vas a vivir a mi lado, es lógico que estemos comprometidos, mi familia es muy conservadora y no quiero que te hagan un desaire por el simple hecho de que no estemos comprometidos.

Ni amor ni nada que le diera un indicio de que la quería aunque fuera un poco, aunque si lo veía por el lado realista llevaban muy poco saliendo juntos, ella era consciente de que lo amaba sobre toda las cosas, pero tal vez a Jasón le costara un poco más de tiempo definir sus sentimientos, y si no ella se dejaría el alma hasta conseguir que la amara.

Sonrió radiante tocando el pequeño diamante que estaba engarzado en un anillo de platino, — seguramente Jasón se había gastado ahí parte de sus ahorros, era perfecto—, nunca en su vida se lo quitaría.

—Es perfecto, gracias por pensar en mí.

—En cuanto todo esté listo nos casaremos como Dios manda.

—Estoy deseando conocer a tu familia.

Tal vez nunca debió pronunciar esas palabras.

Llegaron al rancho de los padres de Jasón cerca de las dos de la tarde, el sol estaba en un punto que incluso se veían oscilar ondas de calor sobre la árida tierra, una camioneta de la familia de su ahora prometido los llevaba de camino a casa, todo lo que lograba ver a su alrededor eran pastizales y cabezas de ganado.

El capataz del rancho conducía el todoterreno a una velocidad desmedida, estaba muy serio y eso no era un buen presagio, Jasón hablaba sobre cómo había marchado el rancho en su ausencia y al parecer no había surgido ningún problema.

La enorme casa de dos plantas les daba la bienvenida desde la lejanía, cruzaron un enorme portón donde ponía en letras doradas Rancho El Diamante. Impresionada, Madeleine pensaba que se estaba transportando a una dimensión completamente diferente a lo que conocía, a un costado se veía varias reses que eran dirigidas por unos verdaderos vaqueros, ella en algún momento vio un documental sobre la vida en los ranchos de ganado, pero nada se comparaba con verlo en vivo y en directo.

No fue consiente de nada hasta que el coche se paró frente a la casa, una pareja estaba de pie en la puerta de la entrada, el hombre era la viva imagen de Jasón pero con más años, si quería saber cómo luciría Jasón en unos años únicamente tenía que ver a su padre. La señora que lo acompañaba era mucho más bajita y delgada en comparación con su esposo, que era más bien alto y musculoso, tenía el cabello castaño rizado y lo llevaba en una coleta alta, era muy hermosa, tenía los mismos ojos que su hijo, de un azul impresionante. Jasón bajó de un salto del todoterreno incluso antes de que este se detuviera, se acercó a la pareja y los abrazó con demasiada efusividad.

Madeleine no tenía ni la menor idea de cómo actuar, el capataz comenzó a bajar las maletas que llevaban y ella vio con horror como su maleta era aventada al suelo sin ninguna consideración, esperaba que no se hubiera roto nada con el golpe. Después de que se separaron, los padres de Jasón miraron sobre el hombro de su hijo y este pareció que de golpe recordó que ella se había quedado en el coche. Tan aturdida estaba que no fue capaz de descender de él sin ayuda, Jasón la tomó de la mano acercándola más a la pareja y Madeleine trató de infundirse valor, forzó una sonrisa en su rostro esperando que no se notara el nerviosismo.

—Madre, padre, les presento a Madeleine, mi prometida. —dijo Jasón sonriendo mientras besaba la mano donde llevaba el anillo de compromiso que le diera la noche anterior.

Esas palabras mataron las sonrisas en el rostro de los padres de su prometido, para que al instante se formara una mueca que oscilaba entre la furia y la incredulidad. Madeleine extendió la mano para saludarlos, pero ninguno de los dos correspondió al gesto.

—A mi despacho, Jasón. —el tono lacerante en que esas palabras fueron pronunciadas le dio la confirmación de que no era bien recibida en esa casa. Jasón le soltó la mano para caminar detrás de su padre como si se dirigiera a una guerra sin cuartel.

Ella se quedó parada en la entrada sin saber qué hacer, la madre de Jasón, de la cual no sabía su nombre, se la quedó mirando como si fuera un bicho insignificante.

—No sé qué es lo que te propones, niña, pero si tu única intención es aprovecharte de mi hijo para sacarle algo de dinero, déjame decirte que llegaste al lugar equivocado. —si tenía alguna duda de que no era bien recibida, ahí estaba su respuesta para despejarla.

La mujer entró en la casa sin invitarla a pasar, ¿ahora que? Estaba claro que allí no la querían y pensaban que era una oportunista de primera. Si supieran lo equivocados que estaban, esperaba que Jasón les aclarara la situación, porque de otra manera tendría que recurrir a su abuela para que la llevara de regreso a su casa.

Capítulo 7

Los minutos de espera le parecieron horas, se sentó en el porche mordiéndose las uñas de la angustia. Después de lo que le pareció una eternidad, Jasón salió dando un portazo en la puerta principal y todas sus esperanzas se fueron por la borda.

—Vamos, Maddi. —vio como furioso recogía las maletas que estaban en el suelo y las volvía a subir al todoterreno.

— ¿Qué sucede, Jasón? ¿Vamos de regreso a la ciudad?

—No, cielo, vamos a lo que a partir de ahora será nuestro nuevo hogar—cuando las maletas estuvieron en el coche, Jasón se subió de un salto frente al volante—. Sube.

Como pudo se subió con los nervios a flor de piel, no quiso hacer ninguna pregunta porque estaba claro que él acababa de tener una discusión monumental con su padre. A su alrededor sólo se veían grandes extensiones de pastizales, y tardaron cerca de una hora para llegar a lo que parecía una pequeña casa de madera que años atrás seguramente fue casa del capataz.

— ¿Vamos a vivir aquí?

—Sorpresa, cielo, mis padres se oponen a nuestro matrimonio, de manera que a partir de hoy soy un peón más dentro del rancho que se tiene que ganar el sustento.

No lo podía creer, parecía una broma pesada.

—¿Les has dicho a tus padres que mi familia tiene dinero, que no soy una oportunista que quiere sacar una tajada de un matrimonio contigo?.

—Sí, y me han dicho que nos mudemos con tu familia para que nos mantengan, de otra manera tengo que trabajar para nuestro sustento.

—¿Y por qué no vamos con mi familia?.

—¡¡Por que no!! —una lágrima resbaló por su mejilla al escuchar el tono en el que se dirigía a ella, en todo el mes que estuvieron viéndose jamás le había levantado la voz. Él pareció darse cuenta de la situación y se acercó a ella para tomar su rostro entre sus manos—, discúlpame, nena, soy un idiota por no pensar en ti, te prometo que todo estará bien, si tú quieres puedes regresar con tu familia, pero no quiero que me dejes, prométeme que estarás conmigo.

La besó de una manera tan tierna que la terrible opresión que tenía en el pecho se fue desvaneciendo, había dicho que recorrería el mundo entero con tal de caminarlo de su mano, él se había enfrentado por ella a su familia y no lo dejaría por nada del mundo. Suspiró pensando que todo lo que necesitaba era amor y nada más.

—No me voy a marchar, estaré aquí siempre.

Bajaron del coche y entre los dos sacaron las maletas para meterlas en la pequeña casa de madera que no debía de medir más de ocho o diez metros cuadrados.

El olor a polvo inundaba el lugar, todo estaba sucio, la cama no tenía ni una sola sábana, y todo su mobiliario constaba de una cama de dos plazas, una mesa de madera a juego con una silla, una pequeña estufa en una esquina y, colgadas de una madera, tres sartenes que claramente tuvieron tiempos mejores.

Buscó en su maleta una blusa que estuviera ya desgastada y comenzó a sacudir todos los muebles, abrió una pequeña ventana que estaba al lado de la cama y dejó la puerta abierta de par en par para que entrara el aire. Se repetía una y mil veces que ya vendrían tiempos mejores y que a esa pequeña casa únicamente le hacía falta amor.

Aunque era más fácil decirlo que hacerlo, recogió hasta la última basura dentro de la casa, por suerte, detrás había un pequeño lavadero de piedra con un cubo enorme lleno de agua, así como una escoba y un recogedor. El suelo de la pequeña casa era de tierra por lo tanto necesitaba únicamente regar agua y barrer la basura. Fregó las sartenes en el lavadero, casi llora de la emoción al ver que en una pequeña caja había latas de comida. No sabía si Jasón tenía dinero

para comprar un poco de comida, así que de momento eso les valía.

Junto al lavadero había un pequeño cuarto, en cuanto lo abrió vio que era un baño con una ducha que seguramente solo tendría agua fría, pero por lo menos tendrían donde asearse. Con los pocos utensilios de limpieza que tenía lo limpió todo empleándose a fondo para que quedara brillante, Jasón estaba consiguiendo unos tablones para ponerlos atravesados y que pudieran colgar su ropa. Cuando quedó satisfecha con el resultado del baño, comprobó que todo dentro de la casa estuviera limpio para después meterse a darse una ducha con agua fría.

Con lo cansada que estaba su cuerpo casi agradeció el choque de temperaturas, por suerte, aún tenía sus productos de aseo personal, utilizó su jabón con esencia de lavanda y después se puso una crema hidratante de miel en todo el cuerpo, salió para ver que Jasón ya había llegado y en una esquina de la casa había colocado un tubo que cruzaba de pared a pared y en el cual colgarían la ropa de los dos.

Jasón, en cuanto la vio se acercó a ella como si fuera un león a punto de atacar a su presa, Madeleine lo detuvo en el acto evitando que diera un paso más.

—Alto ahí, vaquero, ni se te ocurra acercarte a mí, primero date una ducha.

— ¿Qué hay de malo en que te toque así?

—Que me ensuciarás y ya me he duchado, así que es tu turno, anda a la ducha, aunque no hay agua caliente. —Jasón pareció pensárselo y tomándola desprevenida le robó un beso antes de salir de la casa para meterse en el baño. Se puso un pijama ligero y comenzó a abrir unas latas de judías que venían ya preparadas con carne, al no tener otra cosa con que acompañarlas decidió poner a tostar un poco de pan viejo que estaba en lo que se suponía era la despensa.

La estufa funcionaba con gas, así que fue un alivio comprobar que por lo menos para esa noche tendrían comida caliente. Puso una olla donde preparó un poco de café, esperaba que para Jasón esa cena fuera suficiente, por que de otra manera se quedaría con hambre.

Cenaron en completo silencio, Madeleine quería preguntar qué sucedería al día siguiente pero Jasón no tenía cara de querer conversar, después de cenar y lavar los platos en el lavadero de fuera se acostaron y, para su sorpresa, se dio cuenta de que Jasón había conseguido unas sábanas y una manta fina para taparse. No sabía qué hora era, lo único que sabía era que estaba durmiendo al lado del hombre que amaba y que lograrían salir adelante.

El sonido del gallo la despertó justo para ver a su prometido sirviéndose una taza de café humeante, se levantó de prisa para calentar las pocas de judías que sobraron de la cena.

—Espera, que enseguida te caliento el desayuno.

—No es necesario, Maddi, vuelve a la cama a dormir, yo tengo que estar en el trabajo antes de las seis, pero tú puedes descansar un poco.

—Jasón, tenemos que hablar.

—Vendré a la hora de la comida, la esposa del dueño de la tienda vendrá para que vayas con ella a abrir una cuenta, pide lo que nos haga falta.

—No tenemos dinero, ¿cómo vamos a pagar?

—Eso déjame a mí, cielo, no te preocupes por nada.

Capítulo 8

Eso de que no se preocupara por nada no lo tenía muy claro, suspiró mirando la casa, no es que ella fuera una persona materialista, pero ni en sus más recónditos sueños se imaginó que tendría que vivir en un lugar como ese. Se volvió a la cama, pero no consiguió volver a dormir, era extraño como el sonido de la calma la abrumaba. Estaba acostumbrada al ruido del tráfico que se oía pasar cerca de su casa, el humo de la ciudad ya era algo que no percibía, sin embargo, el aire impregnado de olor a tierra seca inundaba todo el ambiente. Limpió a fondo la casa y después salió a lavar la ropa que habían utilizado el día anterior, nunca en su vida había lavado ropa a mano, pero no se rendiría, tenía que aprender como ser una mujer de familia.

Las manchas que tenía la camisa de Jasón no las sacaba con nada, por más que frotaba la mancha parecía que incluso se extendía más. Estaba por echarle más jabón cuando un coche se detuvo frente a la que por ahora sería su casa. Del coche bajó una chica morena impresionante, en ese instante Madeleine se sintió hecha una piltrafa. La mujer llevaba unos vaqueros ajustados, la blusa color morado dejaba ver que tenía un cuerpo de pasarela, Madeleine bajó la mirada para ver sus vaqueros desgastados y su camiseta del equipo del instituto que le quedaba tres tallas más grande, no es que le gustara ir desarreglada pero se negaba a usar la ropa de su maleta para limpiar la casa.

Se acomodó un mechón de pelo que se había escapado de su coleta y limpiándose las manos en la amplia playera, se acercó para recibir a la mujer, esperaba que fuera la esposa del tendero porque ya se veía agarrándose a puñetazos si alguna amiguita de su prometido lo iba a visitar.

—Hola—dijo llegando a ella la mujer, que llevaba unas gafas de sol enormes, Madeleine extendió la mano para saludarla, pero dudó un momento por que vio que no iba a ser correspondida con el saludo —, ¿vienes a buscar a Jasón?.

—No, vengo a buscar a su prometida, supongo que serás tú. Me llamo María Luisa, pero tú puedes

llamarme Mary, mi esposo es el dueño de la tienda más grande del pueblo, vengo para llevarte a comprar todo lo que necesitas.

Madeleine miró al suelo pensando en cómo solucionar el problema del dinero, llevaba con ella sólo dos pares de pendientes y un pequeño collar que le habían regalado sus padres el día de su graduación, no quería empezar una vida llena de deudas. De manera que estaba pensando en venderlas.

—Por el momento no tenemos dinero para surtirnos en su tienda.

—Deja que eso lo decida Jasón, por aquí las cosas son así, los hombres son los que se encargan del dinero.

—Y yo debo quedarme en la cocina, esperando a que él llegue—tal vez el tono de voz no era el indicado, no quería parecer grosera, y menos con una persona que estaba dispuesta a ayudarlos sin interés, pero definitivamente ella no estaba hecha para hacer de ama de casa amorosa que esperaba a su esposo con la cena calentita para después lavarle los pies.

—Mira, linda, posiblemente de donde vengas todo sea diferente, pero aquí o te adaptas o ya puedes ir buscando otra solución.

—¿Sabes de algún lugar donde pueda vender algo de joyería?.

—Jasón se enfadara contigo en cuanto sepa lo que piensas hacer.

—Pero nadie lo sabrá, excepto tú. Y si te atreves a traicionarme, te vas a enterar de lo que es capaz una chica de ciudad.

Mary se echó a reír a carcajadas provocando que Madeleine se enfadara por su descaro. Como siguiera por ese camino se quedaría sin esposa el famoso tendero.

—Vamos, finolis, enséñame esas joyas, igual puedo hacerte una oferta justa en lugar del usurero del pueblo.

Con cierta resistencia la dejó pasar a su casa y, con cuidado, sacó de la maleta que estaba debajo de la cama una pequeña bolsita de terciopelo. Mary al ver el aspecto de la casa silbó como no creyéndose donde estaba.

— ¿Y por qué están viviendo aquí en lugar de en la casa grande?

—Por que los padres de Jasón piensan que sólo quiero casarme con su hijo para quitarle su dinero, para ellos soy una oportunista. Y como Jasón se ha negado a seguir sus órdenes lo han echado de su casa y lo han desheredado.

—Pues piénsalo bien, porque en esa familia tienes un enemigo peligroso, no se detendrán ante nada para que regreses a la ciudad.

—¿Por qué es tan difícil que entiendan que nos queremos y queremos estar juntos?.

—Bueno, los Daniells tenían muchos planes para su hijo, al parecer querían que estudiara en la gran ciudad para convertirse en la mano derecha de su abuelo en los negocios, pero nuestro chico es igual a su padre y por nada del mundo lo alejaran de aquí.

Madeleine comenzó a sacar los pendientes y el collar para tenderlos sobre la cama, suspiró mirando la hermosa gema que colgaba del collar, tenía los pendientes a juego, y para ella eran muy especiales; por eso los llevaba a todas partes, porque eran discretos y combinaban con todo.

Mary se acercó para tocar las pequeñas gemas en forma de gotas y casi por instinto le dieron ganas de arrebatarlos, pero tenía que hacerlo, tenía que venderlos, la situación no era muy alentadora, no tenía comida, a la casa le hacían falta mil cosas y mil reparaciones. Definitivamente tenía que hacerlo.

—Y bien, ¿cuanto puedes ofrecer por ellos?.

—Pon tú el precio, no quiero después que digas que te he estafado. Solo no te pases.

Después de decirle el precio se asombró de que ella no pusiera ninguna pega por pagar el monto.

Se fueron en el coche de Mary a la tienda del pueblo pues quería comprar todo lo que les hiciera

falta; Mary la dejó en la entrada del enorme almacén, —que tenía la función de tienda—, para ir a la parte trasera por el dinero de la joyas.

Madeleine caminó por los pasillos y fue metiendo en un carrito lo que necesitaba, algo de carne y lo indispensable en despensa, no quería terminarse el dinero en poco tiempo. Había tantas cosas sin resolver que necesitaba tener unos ahorros para cualquier imprevisto.

En cuanto Mary le dio el dinero pagó la mitad de las compras y la otra mitad la dejó a cuenta de Jasón, no quería tener problemas con él, así sería como si ella también estuviera aportando algo a la casa. Compró productos básicos: algunos platos, vasos, utensilios para cocinar, enseres de aseo y todo lo de vital importancia. Fue a coger un paquete de tampones porque seguramente los necesitaría, hizo un cálculo mental de cuando le tocaba que le viniera el periodo y perdió todo el color del rostro. Mary al ver su palidez se acercó a ayudarla, pues parecía que de un momento a otro caería redonda sobre el suelo.

—¿Pero qué te pasa, mujer?, parece que has visto un fantasma.

No podía ser cierto, no en ese preciso momento de su vida, pero que estúpida había sido, por más que su madre le había hablado de las consecuencias de tener sexo sin protección, Madeleine había sido lo suficientemente estúpida como para no darse cuenta de que se quedaría embarazada.

Pero si apenas acababa de cumplir la mayoría de edad, tenía tantos proyectos por delante, tantos sueños por cumplir que en ese preciso momento un hijo sería poner todo su mundo al revés.

Capítulo 9

Mary la miraba preocupada dándole aire con un pedazo de cartón, le acercó una botella de alcohol para que lo oliera, y poco a poco fue recuperando el color del rostro, sintiéndose mejor.

—Mujer, me has dado un susto de muerte, pensaba que te caerías redonda en el pasillo—la había llevado a una silla que estaba en la parte trasera de la bodega para que pudiera descansar y ella, en el fondo del alma, lo agradecía—, ¿Qué ha sucedido?, ¿te encuentras mal? ¿quieres que llame a un médico?.

—No, ha sido la impresión, sabes si hay algún lugar donde pueda comprar una prueba de embarazo.

El jadeo de Mary no le pasó desapercibido, incluso se podía decir que se escuchó por medio pueblo. Pensaría que estaba frente a la tonta más grande del universo.

— ¿Es lo que me estoy imaginando? Rebeca te va a comer con patatas en cuanto se entere.

— ¿Rebeca? — ¿quién era esa mujer?, nadie tenía derecho de criticarla.

—Tu suegra, me vas a decir que estás embarazada de un hombre del cual no sabes ni el nombre de los miembros de su familia. ¿Estás loca?

—Empiezo a creer que sí. —giró la mirada para observar a Mary y supuso que ella logró ver el miedo que le estaba recorriendo el cuerpo, nada estaba saliendo como lo habían planeado.

—No debes preocuparte, espera aquí, voy a la farmacia de la esquina y traeré una prueba de embarazo. —Madeleine iba sacar dinero para dárselo, pero Mary la detuvo con un gesto de indiferencia—déjalo, yo la pago, si lo que estás temiendo se confirma necesitarás ahorrar todo lo que puedas.

El tiempo pasó como a cámara lenta, en cuanto Mary llegó con la prueba le dijo donde se

encontraba el baño y la dejó para que tuviera un poco de intimidad. Leyó las instrucciones prácticamente tres veces seguidas, estaba tan nerviosa que le temblaban las manos, hizo exactamente lo que decía el mentado papel de instrucciones y dejó la prueba en el borde del lavamanos.

¡Vale! no debía de precipitarse, tal vez sólo era una falsa alarma, todo el estrés le estaba pasando factura. Si a eso le sumaba que sus padres seguramente no tardarían en ir a buscarla, tenía los nervios a flor de piel. El sonido de un toque en la puerta la estremeció, bien, no sabía cuanto tiempo había pasado, pero si Mary ya la estaba llamando es porque ya tenía que salir.

Las dos rayas en rosa destellante le confirmaban sus peores temores, ¿Qué haría ella con un bebé? Sin saber muy bien que pensar una lágrima rodó por su mejilla, el mundo que había imaginado al lado del hombre al que amaba se estaba destrozando a pedazos. No es que pensara que los hijos no eran una bendición, pero tenía que ser realista, ambos eran muy jóvenes para enfrentarse a la tarea de ser padres.

La puerta se abrió sin avisar y Mary la envolvió en un fuerte abrazo, no pudo evitar que su llanto se hiciera más fuerte y profundo.

—No seas tonta, no debes llorar, deberías estar feliz.

—No cuando el comienzo de mi vida en pareja ha sido desastroso.

— ¿Pero es de Jasón?

—Claro que es de él, ¿Quién crees que soy?

—Tranquila, mujer, entonces si dices que lo quieres, ¿dónde está el motivo de tu llanto?

—No sé cómo salir adelante con un hijo, acabo de cumplir la mayoría de edad, tengo muchos sueños y muchas ilusiones por cumplir.

—Bueno, si para ti son más importantes tus sueños e ilusiones, conozco a una persona que te dará un remedio que hará que te llegue el periodo, no tienes porqué decirle esto a Jasón, por que de

otra manera te odiará para toda la vida si se llega a enterar. Para él la familia es lo más importante. Tú decides.

Se mordió el labio pensando en esa posibilidad, tenía todas las dudas del mundo y el miedo no la dejaba pensar con precisión. Miró a Mary a los ojos y supo que en ese momento tomaría la decisión más difícil de su vida.

—Puedes pedir ese remedio para mí, te daré el dinero, pero no quiero que Jasón se entere de nada.

Mary suspiró mirándola como si la hubiera decepcionado. Pero no quería equivocarse, tenía muchas cosas por hacer. Era tan joven.

—De acuerdo, respetaré tu decisión, pero si en algún momento Jasón se llega a enterar de esto, prepárate porque no querrá verte nunca más en su vida. Y te odiara como nunca ha odiado a nadie.

— ¿Tienes hijos, Mary?

—Tres, dos niños y una niña, son el orgullo de su padre.

— ¿Y quién los cuida en este momento?

—Su padre.

— ¿Y quién atiende la casa?

—Mi esposo.

— ¿Y quién atiende la tienda y lleva el dinero a la casa?— Mary la miró como si fuera tonta
—Vale, tú llevas el dinero a la casa, pero me dijiste que las cosas por aquí no eran así, que debía dejar que Jasón se ocupara de llevar el dinero.

—Te dije que las cosas por aquí eran de esa manera, nunca dije que yo hacía las cosas como lo dicen en el pueblo. Mañana tendrás en tu casa el remedio, cuanto antes mejor, lo llevaría hoy pero quiero dejar que te pienses bien las cosas. Sólo preguntante si serás capaz de vivir con algo así.

No te juzgo y apoyo cualquier decisión que tomes, pero lo que más lamentaría es que te pasaras la vida sufriendo por algo que puedes evitar.

Mary la ayudó a llevar las cosas hasta su casa, en todo el camino no paró de pensar en lo que estaba a punto de hacer, en el instituto había escuchado una anécdota de una compañera que se había quedado embarazada de su novio, pero ninguno de los dos quería hacerse responsable, la chica se había tomado unas pastillas con un té y decía que dolía horrores, pero lo peor fue que después estaba sumida en una constante depresión. Después de ese día nunca fue la misma chica llena de vida que rondaba los pasillos de la escuela.

Llegó a la que ahora era su nueva casa y se bajó de un salto para ver que Jasón estaba en la entrada tomando una cerveza, seguramente alguien se la había llevado. Poniendo una sonrisa en sus labios caminó cargando una bolsa llena de productos, él al verla se apresuró a ayudarla para que no descargara sola la camioneta. En cuanto terminaron Mary se despidió de ellos, quedando que al día siguiente le llevaría lo que le faltó comprar.

Jasón la ayudó a sacar todo de las bolsas y a acomodar todo. Como no tenía nada preparado para la comida se puso a preparar unos sándwiches de pavo, esperaba que fuera suficiente, estaba sacando las cosas tan metida en sus pensamientos que no se dio cuenta de que alguien había llevado una nevera.

Se quedó parada sin saber que pensar, por momentos le superaban todos los problemas que se le venían encima. Jasón sonrió enseñándole la nueva nevera y supo que estaba perdida. No cambiaría nada de lo que vivía a su lado.

— ¿De dónde ha salido eso?

—John me la ha prestado, al parecer su madre ha comprado una nevera nueva y esta la tenía en el desván. —sonrió corriendo a abrazarlo porque se notaba que él sí que estaba contento, con todo y las carencias que se les venían encima.

—Tenemos que invitar a ese John a cenar, gracias a él no moriremos de calor.

—Eso está hecho, ahora ponte linda porque nos esperan en dos horas para hacer oficial nuestro compromiso.

— ¿Cómo que oficial?

—Tenemos cita con el juez para que nos case en dos horas. Ya está todo listo, quería esperar un poco y darte la boda que te mereces, pero no quiero que nada pueda impedir que seas mi esposa.

La sola mención de esa palabra provocó en ella miles de estremecimientos, nunca pensó que se sentiría de esa manera. Pero ahí estaba, sonriendo como una tonta porque estaba junto a la persona más importante de su vida, dentro de cuatro paredes, y con una nevera prestada, pero lo que realmente importaba es que estaban juntos, y que nada los iba a separar.

Capítulo 10

La boda fue muy sencilla, sólo estuvieron presentes dos peones del rancho que eran amigos de Jasón y Mary y su esposo para ser testigos. Aunque la boda carecía de todo lo que una boda conlleva, Madeleine no podía ser más feliz.

Mary y su esposo los invitaron a comer al único merendero del pueblo, y aunque a ella le daba pena aceptó porque se veía que todos se llevaban muy bien, conversaban entre todos, dejándose ver que los unía una enorme amistad. Jasón acariciaba su mano donde ahora lucía una sencilla alianza de matrimonio, todos pidieron filete con patatas y brindaron con cerveza. John era uno de los peones que los acompañaron a la boda, era alto, y su cabello castaño brillaba bajo las lámparas del merendero, era más o menos de la misma edad que Jasón, tenía una sonrisa arrebatadora que tenía babeando a la camarera del lugar, pero él parecía no darse cuenta. El otro peón se llamaba Richard y tenía por lo menos cuarenta años, era robusto, pero se notaba que aún trabajaba bastante en el rancho. El esposo de Mary era alto y corpulento, con el cabello moreno, tenía unos ojos chispeantes y se notaba que estaban muy enamorados, al parecer llevaban varios años casados y Madeleine esperaba ser tan feliz como lo era su nueva amiga.

Se despidieron todos fuera del merendero y quedaron que irían a cenar a la casa de los nuevos esposos en una semana. Esa noche estaba realmente cansada, era como si toda la energía se le hubiera esfumado del cuerpo, Jasón se acostó a su lado y en cuestión de minutos estaba dormido, menuda noche de bodas, aunque, si era sincera, ella tampoco estaba para fiestas, se dio la vuelta en la pequeña cama y observó el rostro de él, parecía tan sereno, pero sobre todo feliz. Pasó la mano por su vientre aún plano y suspiró rogando por estar haciendo lo correcto para todos.

El sonido de un coche parándose en la entrada de la casa la despertó de golpe, se apresuró a levantarse y se puso una camiseta y unos vaqueros desgastados, se recogió el cabello en una

coleta alta y abrió la puerta para ver quién la visitaba.

Mary se bajaba de su camioneta con una bolsa en mano. Sabía exactamente lo que contenía, se lo había prometido, ahora sólo tenía que encontrar el valor para hacerlo.

—Lo prometido es deuda, aquí esta. Me ha dicho la curandera que debes poner estas hierbas con un poco de agua para que hiervan, y que te tomes las dos pastillas que están dentro. Me aseguró que no sentirás dolor.

Su mano tembló incontrolable al tocar la bolsa, era sencillo, claro que sí, debía pensar en sus sueños, sus anhelos. Quería a Jasón por encima de todo y estaba segura que de enterarse de lo que pasaba por su mente la despreciaría.

—Gracias. —fue lo único capaz de decir, tenía la garganta seca pensando en que muchas mujeres no tienen la misma suerte que ella de quedar embarazadas, y lo desean tanto, pero un hijo en ese punto de su vida provocaría que dejará de lado todo lo que quería en un futuro.

Estaba a punto de entrar a su casa, pero Mary la detuvo tomándola por el brazo. —Piénsalo bien, no es un asunto para tomar a la ligera, ¿quieres que me quede en lo que preparas el té?

—Gracias, necesito estar un momento a solas para pensar en todo lo que significa esto, no es que sea desagradecida y que no valoré tu oferta, pero de verdad, necesito estar sola.

—Te voy a dar un consejo, si existe una pequeña esperanza de que desistas de hacerlo aférrate a ella, pero si es tu decisión, te apoyaré en todo momento. Vendré a verte más tarde para comprobar que estás bien.

Entró en su casa y sintió que el mundo se le caía encima, ahí estaba, tenía en sus manos la solución para no llevar a término su embarazo, hervir unas simples hierbas, unas pastillas y ya. Pero, ¿qué pasaría después?, ¿Cómo se miraría al espejo preguntándose cómo sería el rostro de su hijo?. Antes de arrepentirse puso un pequeño recipiente con agua en una de las hornillas y puso las hierbas tal y como le había dicho Mary.

Sintiéndose una estúpida completa tiró el recipiente al suelo sin poder creer lo que se pasaba por su mente, ella no era así, ella valoraba la familia, valoraba los hijos, y sabía que en un futuro lejano quería tenerlos, pero tenía que ser responsable y hacer frente a las consecuencias de sus actos, no, en definitiva ella no era una mujer sin alma capaz de cometer semejante crimen.

Levantó el recipiente y tiró las hierbas a la basura, las pastillas ni las abrió, se fueron en compañía de las hierbas, de ninguna manera podía hacerlo, tal vez muchos pensarían que era un cobarde que no luchaba por sus sueños, mientras que otros posiblemente la lincharían por haberlo hecho, pero nada importaba porque era ella la que no quería cargar con un peso de ese tamaño sobre su conciencia. Estaba terminando de recoger todo el desastre cuando un coche se paró frente a la casa, suspiró pensando que seguramente su amiga había ido a supervisar que todo fuera bien, tiró las hierbas y el recipiente en una bolsa y lo dejó a un lado donde no estorbara.

Salió sonriendo para quedarse estática, — prácticamente el tiempo se detuvo—, sus padres estaban frente a ella, su madre la miraba con lágrimas en los ojos, mientras que su padre tenía el reproche y la decepción en la mirada.

—¿Mamá? —dijo sin acercarse, esperando la reacción de ellos, quería correr y abrazarlos, pero algo en la mirada de su padre la hizo detenerse, estaba furioso, y no sabía cómo se comportaría con ella.

— ¿Eso es todo lo que tienes que decir? —el reproche en la voz de su padre no le pasó desapercibido—, te hemos estado buscando como locos por toda la ciudad, tu abuela se culpaba mil veces por no saber dónde estabas. La policía te está buscando, no puedo creer que fueras tan inconsciente para hacernos pasar por este tormento.

El llanto de su madre se hizo más intenso y por un momento se sintió la peor hija del mundo, ellos tenían razón en reprocharle porque nada le costaba dejar un mensaje diciendo sus planes. Pero tal vez fue una ilusa pensando en que no se angustiarían.

—Os pido perdón. —tal vez no era suficiente con esas palabras porque no quería saber la

angustia que pasaron al ver que no regresaba, pensaba que sus padres no notarían su ausencia hasta días después, pero igual era mejor de esa manera.

— ¿Qué se supone que estás haciendo aquí? El abuelo de ese chico habló con nosotros para decirnos que posiblemente estabas con él. ¡¡Pero en qué demonios estabas pensando!!

—Es mi esposo.

— ¡¿Qué?! —el grito de sus padres se podía escuchar perfectamente hasta la ciudad.

—Nos casamos ayer en el registro civil del pueblo.

—Definitivamente esto es una broma pesada —dijo su padre caminando hasta donde estaba y tomándola del brazo—sube al coche antes de que me enfade más de lo que ya estoy, eres una irresponsable...

— ¿Qué sucede, Madeleine? —la voz de Jasón casi la hace llorar de alivio, no podía marcharse en ese momento, no por que sus padres controlarían su vida por completo.

—Son mis padres.

Jasón se acercó a ella sujetándola por el otro lado forcejeando con su padre sin tomar en cuenta el daño que le hacían.

—Suéltela, es mi esposa y no tiene ningún derecho a venir a tratarla de esa manera en nuestra casa. —Jasón se escuchaba realmente furioso, y Madeleine temió que se produjera un enfrentamiento entre ambos.

—Es mi hija, y tú sólo eres el infame que le ha lavado el cerebro. Vuestra casa, ¿llamas a esa pocilga una casa? Mi hija está acostumbrada a un estilo de vida que no le puedes dar, si sabes lo que le conviene déjala libre para que regrese a la ciudad con nosotros.

—Es mi esposa y se quedará a mi lado.

¡Vale! ninguno de los dos hombres más importante en su vida habían tenido la decencia de

preguntar lo que ella quería.

Capítulo 11

Su padre retaba con la mirada a Jasón, ninguno de los dos quería dar su brazo a torcer, Madeleine sentía que el alma se le partía en dos al verlos discutir, a veces los adultos eran demasiado complicados.

—Suéltala muchacho, Madeleine regresará con nosotros y dejaré este asunto por la paz. De lo contrario prepárate para una demanda que te dejará sin nada. Mi hija acaba de cumplir la mayoría de edad, te has aprovechado de su inocencia, para venir a meterla a este inmundo lugar, ¿Qué pasará cuando lleguen las carencias? ¿Qué pasará cuando no tengan ni para comer?

—Pero yo lo amo, papá...—dijo tratando de suavizar las cosas, pero al parecer no servía de mucho.

—Pues de amor nadie vive, ya lo dicen bien, en cuanto la pobreza entra por la puerta, el amor sale por la ventana. Recapacita ahora, Madeleine, esta es tu última oportunidad para regresar a ese mundo en el que naciste, de otra forma te olvidarás para siempre que eres mi hija.

Giró la mirada en dirección donde se encontraba su madre con la esperanza de que la ayudara, pero esta sólo desvió la mirada dejándola completamente sola. Buscó la mirada de Jasón y descubrió que estaba en una lucha interna entre si dejarla marchar o seguir peleando por ella. Sintió como el agarre de Jasón se hacía más flojo por instantes rompiéndole el corazón, pero no lo iba a permitir, de ninguna manera nadie la alejaría de ese hombre.

—Estoy embarazada. —obviamente esas palabras cayeron como una loza pesada en los que estaban ahí presentes.

—¡¡Maldito desgraciado!!—escuchó que gritaba su padre antes de lanzarse a golpear a Jasón con saña. Su madre se hizo a un lado dejándola que resolviera el asunto. ¡Maldición! Tal vez no tenía que dar esa noticia en ese momento, pero lo que menos quería era que Jasón renunciara a ella, trató de apartarlos con tan mala suerte que uno de los golpes de su padre le dio en el rostro. El

alarido de dolor hizo que dejaran de pegarse, aunque en realidad era su padre el único que pegaba.

Y vaya como pegaba su padre, prácticamente la había noqueado. Nunca pensó que fuera cierto eso de que se ven estrellitas cuando te golpeas fuerte, pero en ese instante veía estrellitas danzarinas rondando por su rostro.

—Maddi, ¿estás bien? —Jasón llegó donde ella se había sentado, alzó su rostro con la mirada preocupada.

—Estoy bien, sólo ha sido el golpe.

—Voy a llamar al médico. —dijo él mientras la tomaba en brazos y la llevaba hasta la cama para recostarla.

Jasón salió de la casa dejándola sola con su padre que la miraba arrepentido, mientras su madre, preocupada, se acercaba para mirarla.

—Dime que es una broma pesada, Madeleine, ¿qué hay tu sueño de ser la mejor diseñadora de moda?, aún estás a tiempo, para toda esta absurda idea—las palabras de su madre le confirmaron que en ellos no encontraría apoyo a menos que hiciera lo que el indicaban.

— ¿Y qué es lo que sugieres, que aborte, que siga con mi vida como si nunca hubiera existido?

—Lamentarás echar a perder tu vida, aquí no tienes ningún futuro. Si te decimos esto es por tu bien.

—Si son verdad tus palabras, apoyarás mi decisión hasta el final.

—No podemos hacerlo.—su madre estaba a punto de decir otra cosa, pero la sola frase de su padre fue suficiente para callarla por completo.

—Entonces no os queda nada más que aquí, os pido que abandonéis mi hogar.

— ¿Hogar? —dijo su padre con repugnancia—, ya me darás la razón cuando te falte de comer, o

cuando no tengas que darle de comer a ese hijo que esperas.

Sin más salieron de ahí dejándola con un profundo dolor, las lágrimas surcaban su rostro sin poder detenerlas.

El sonido del coche de sus padres al marcharse se encontró con el de otro que se acercaba, minutos después Mary entraba por la puerta y al ver su estado sólo pudo abrazarla para que pudiera llorar libremente.

— ¿Quiénes eran esos locos que conducían como si llevaran al diablo pisándole los talones?

—Mis padres, han venido para llevarme a casa, pero Jasón ha impedido que me fuera con ellos.

— ¿Has usado lo que te traje esta mañana?

—No, no he tenido valor, y le he confesado la verdad a Jasón sobre el embarazo.

—Entonces ahora no tienes ninguna oportunidad de salir de aquí.

—No quiero salir de aquí.—dijo indignada, era obvio que pensaban que a la primera de cambio saldría corriendo, pero no era así, ella de verdad quería intentar vivir una vida al lado del hombre que amaba.

—Dímelo cuando las presiones te ahoguen. —dijo su amiga con una expresión preocupada. Estaba a punto de preguntar qué significaba eso, pero en ese momento llegó Jasón con el doctor.

El doctor tenía unos cincuenta años, y la miraba muy serio, parecía que no le hacía mucha gracia el hecho de atenderla. Genial, ahora ni el doctor del pueblo estaba a favor de ellos.

La revisó y le dio un medicamento para el dolor, no es que fuera un gran golpe, lo que más le preocupaba al doctor es que aún no recibía atención médica para su embarazo. Le dio una orden para que asistiera a la clínica del pueblo donde le llevarían el control prenatal.

Su amiga se fue al mismo tiempo que el doctor dejándoles un poco de intimidad, se levantó de la cama, pues la verdad es que el golpe ya no le dolía tanto, aparte, el médico le dijo que tenía que

llevar una vida normal.

—Por hoy descansa, tanto estrés no creo que sea bueno para el niño. —al parecer Jasón no estaba tan sorprendido con la noticia del niño, de hecho, parecía muy satisfecho. Como si hubiera ganado la lotería. Así de neandertales eran los hombres.

—No pareces muy sorprendido con la noticia de que serás padre.

—Yo también estaba ahí, recuerdas, era consciente de que no pusimos medios para evitar un embarazo.

Vaya, esas palabras sí que la dejaron de piedra, entonces él sabía que posiblemente estaba embarazada y por eso había insistido en que viviera con él. No quería ponerse a analizar la situación porque estaba segura de que no le gustaría nada descubrir que Jasón sólo estaba con ella por el riesgo de un embarazo, la devastaría por completo.

Capítulo 12

Madeleine decidió que no dejaría que los pensamientos de que su vida era un desastre la atormentaran.

Jabían pasado siete meses, siete largos meses en los que solo estaba recluida dentro de esas cuatro paredes, su rutina diaria era levantarse, hacer el desayuno, limpiar y volver a limpiar su casa, para después comenzar a hacer la comida; Jasón llegaba a mediodía para comer y después la volvía dejar sola hasta que caía el atardecer.

Por las noches algunas veces él llegaba demasiado casado para nada que no fuera dormir, al parecer en su trabajo le estaban explotando, por eso ella siempre tenía su comida favorita para cuando llegara y le daba un masaje reconfortante. Aún no le había dicho que sus padres estaban intentando fastidiarlos cerrándoles las puertas de todo. Primero fue en una tienda que se dedicaba a vender telas, quiso comprar unos metros de tela para fabricar unas cortinas, pero la dueña muy amablemente le había dicho que no quería problemas con los Daniells. Tuvo que pedirle a Mary que le hiciera el favor de comprar la tela como si fuera para ella. Después el dueño de la farmacia no quiso surtirle sus vitaminas prenatales con el pretexto de que no tenían, así que lo único que le quedó fue recurrir a su única aliada.

Sabía que se avecinaban tiempo malos, lo único que no podían impedir era que les vendieran los productos de la tienda de su amiga, y eso porque ella no se dejaba intimidar por nadie, así que tenía que estar preparada para lo peor, el dinero se le estaba acabando, el médico le dijo que tenía que tener reposo porque no quería que se le adelantara el parto. Al parecer estaba baja de peso y por lo tanto el bebé también. Posiblemente ella tenía la culpa, pero las náuseas matutinas no la dejaban en paz ni un sólo día, según Mary terminarían en los primeros meses, pero a ella la seguían atacado con fuerza, por lo tanto, eran pocas las veces que tenía apetito. Poco a poco se le fue quitando el brillo en el cabello, su rostro mostraba unas ojeras prominentes, las personas que

la veían decían que el embarazo la estaba consumiendo, pero ni siquiera de esa manera le devolvían el saludo al encontrarla en el pueblo. Al parecer a los padres de Jasón les importaba muy poco lo que les sucediera a ella y a su bebé, el colmo fue cuando Rebeca fue a decirle que dejara de una vez por todas a su hijo y le dejó un fajo de billetes para que se deshiciera del hijo que llevaba en su vientre, incluso llegó a decirle que lo diera en adopción o lo dejara a la puerta de un orfanato.

Sí, Madeleine tuvo unas ganas inmensas de agarrar a golpes a esa señora, aunque estaba claro que lo único que quería era molestarla. Pero la situación ya estaba rayando lo inimaginable, el médico, entre líneas, le dijo que era mejor que se trasladara a la ciudad donde las influencias de ciertas personas no llegaran para hacerles daño. Pero ¿cómo lo haría? Técnicamente estaría abandonando a su marido, porque dudaba que Jasón se alejara del rancho. Mary le había conseguido una comadrona del pueblo que colindaba con el de ellos, y aunque pasaba a visitarla cada mes y le había asegurado que no tendría problemas durante el parto, Madeleine no estaba muy confiada, algo en su corazón le decía que los verdaderos problemas apenas estaban por comenzar.

Y su presentimiento se confirmó cuando, dos noches después de la revisión de la comadrona, comenzó a sentir una punzada que la recorría desde la parte baja de la espalda hasta terminar en su vientre. Al principio era pocas y no tan seguidas, pero conforme pasaba el tiempo se fueron haciendo más frecuentes; en la clínica del pueblo le dieron una charla para embarazadas donde le explicaron lo que sentiría cuando estuviera de parto, por eso le comenzó a invadir el pánico cuando vio que estaba sangrando.

—Jasón —dijo casi en un susurro, tocó con sus manos la mancha de sangre de la cama, haciéndola temblar de miedo, era obvio que algo estaba mal porque aún le faltaban poco menos de dos meses. Jasón se despertó dándose la vuelta y su cara se tornó en color blanco en cuanto la vio cubierta de sangre.

—No te asustes, cielo, voy a llamar a Mary y ella pasará a buscar a la comadrona.

¡Qué no se asustara!, Estaba literalmente muerta de miedo, si algo le sucedía a su hijo no se lo perdonaría nunca, en esos instantes odiaba a la familia de Jasón al completo, no comprendía porque tenían tanta maldad con ella. Su único delito fue enamorarse de un hombre que según sus suegros, era algo inalcanzable. Nunca, ni en sus más remotas pesadillas, se imaginó que enamorarse le traería tantas desgracias.

La voz de Jasón hablando con Mary por teléfono la trajo al presente, el dolor en el vientre no remitía y cada vez era más intenso, no supo cuánto tiempo estuvo así, Jasón tomaba su mano y le decía que no pasaba nada, pero claramente estaba pasando algo muy grave. Lo decía el miedo reflejado en los ojos de su esposo, en la manera en la que le temblaba la mano al estar sujetando la suya y en la forma en la que trataba de retener las lágrimas.

La cama cada vez estaba más llena de sangre y Madeleine se sentía con menos fuerzas y eso que aún no había empezado verdadero trabajo. Miraba a Jasón mientras las lágrimas se resbalaban por su rostro, presa del dolor era incapaz de levantarse de la cama. El tiempo pasó como a cámara lenta, Mary llegó con la mujer que la ayudaría en el parto, la cual al ver toda la sangre que cubría las sabanas dijo que trataría de hacer lo posible pero que estuvieran preparados para lo peor.

Sacaron a Jasón de la casa y Mary comenzó a calentar ollas de agua, puso un montón de sabanas nuevas, —suponía que las había llevado ella—, realmente los meses en ese lugar le fueron más livianos gracias a la presencia de Jasón y de su amiga, era lo único bueno que tenía en ese pueblo y ese rancho. La recostaron en la cama, poniendo las almohadas en la espalda para que estuviera cómoda, aunque el miedo la inundaba, el simple hecho de que ya estaban ahí la comadrona y su amiga le hacía sentir un poco de seguridad. Al tormento de no saber que les deparaba el destino se le sumaron varias horas de agotamiento, de esfuerzo, de incertidumbre, la desesperación estaba reflejada en las caras de las mujeres que la estaba atendiendo.

Madeleine únicamente trataba con todas sus fuerzas de empujar tal como le decía la comadrona,

pero no encontraba fuerza suficiente para seguir luchando.

—Tienes que hacer un último esfuerzo, muchacha, tienes que empujar más fuerte. —escuchó como en la lejanía que le hablaban las voces.

—No puede más, quizá debemos de llamar a una ambulancia. —la voz de su amiga era casi un sollozo.

—Sabes que no vendrán a atenderla por la cuenta que les trae, acuérdate quien les dio la mayor parte del dinero para que se construyera la clínica. Prácticamente se lo deben todo a los malditos Daniells, esta muchacha no debió nunca pisar estas tierras.

Aunque quería luchar con todas sus fuerzas, el cansancio amenazaba con dejarla molida.

—Debemos hacer algo. —escuchó que decía Mary, desesperada al ver que cerraba los ojos y su cabeza caía a un lado.

—Sólo nos queda una cosa por hacer y esperar a que suceda un milagro. —dijo la comadrona situándose por encima de ella posando las palmas de sus manos sobre su vientre abultado.

—La vas a lastimar si haces eso.

— ¡Mary, ¿quieres que se salve esta mujer o no?! A la cuenta de tres yo voy a empujar y tú tienes que estar atenta para sostener al bebé.

La negra oscuridad la inundó por completo alejándola del dolor que sentía, su única preocupación era el destino de su hijo, dejó que todo siguiera su curso como debería de ser, y aunque era consciente de que tenía que luchar, la neblina era más fuerte que ella dejándola sumida totalmente en la oscuridad.

Capítulo 13

El sonido del llanto de un bebé llegaba hasta ella como si estuviera demasiado lejos, por más que se esforzaba por abrir los ojos estos le pesaban como si fueran de cemento. Dejó de nuevo que la neblina oscura acudiera a ella, aún no estaba preparada para volver a la realidad, no quería enfrentarse a sus peores miedos, confirmar que su vida tal vez ya no tenía ningún sentido.

—No estoy de acuerdo, Jasón, Madeleine se enfadará mucho en cuanto se enteré. —las voces apagadas de Jasón y Mary llegaron para colarse en su mente, parecía que estaban discutiendo en voz baja, abrió los ojos poco a poco dejando que se acostumbraran a la luz de la habitación, su amiga, al percatarse de que estaba despierta, le hizo una seña a Jasón que rápidamente se acercó hasta la cama.

—De nuevo con nosotros, cielo. —el alivio que notó en sus ojos hizo que su corazón comenzara a latir más rápido, parecía que de verdad estaba muy preocupado por ella, como si fuera lo más importante en la vida para él.

— ¿Cómo está el bebé?

—Bien, ha sido un milagro que sólo tuviera que pasar unas horas en la incubadora. Es tan pequeña, pero se recupera a pasos agigantados.

— ¿Dónde está?

—En casa de mis padres.

— ¡¿Qué?!—Jasón se quedó mirándola sorprendido.

De todas las respuestas que esperaba esa era la única respuesta que no quería escuchar. Era prácticamente una traición para ella. Que su hijo estuviera en casa de las personas que más la odiaban era para ella, en ese momento de debilidad, lo peor que le podría pasar.

Con esfuerzo apartó la sabana para bajar los pies de la cama, si fuera necesario iría arrastrándose a casa de esas personas para arrebatárselas a su hijo.

— ¿Qué haces? Aún no puedes salir de casa, estas recuperándote. —su marido parecía atónito ante lo que estaba viendo. Con paso tambaleante caminó hasta la puerta, pero Jasón la detuvo tomándola en brazos para depositarla en la cama de nuevo —, ¿Estás loca? Puedes hacerte daño.

— ¡Quiero a mi hijo en esta casa! —dijo perdiendo los nervios, si fuera posible le sacaría los ojos a su marido por pretender que una estupidez como esa la haría feliz —, tus padres nos odian, ¿cómo pudiste dejar a nuestro hijo con esas personas?.

—Hija, fue una niña y mis padres no nos odian sólo estaban dolidos por que querían que estudiara y viviera en la ciudad, es su manera de castigarme por no obedecer sus órdenes — dijo él mirándola preocupado al ver que su cara estaba roja producto de la furia que sentía en ese momento —, mis padres solo querían que la niña estuviera cómoda, en esta casa estará en un ambiente que no es propicio para una niña prematura.

—Trae a mi hija en este momento antes de que me arrastré hasta la casa de tus padres y la traiga hasta aquí.

—Estas exagerando, ellos cuidarán bien de ella, no tienes por qué tener miedo de que le pueda pasar algo.

—¡¡Trae a mi hija en este momento!!—gritó desesperada, no quería a su hija ni un solo instante en esa casa, necesitaba tenerla a su lado.

Jasón salió de la casa dando un portazo, y Maddi supo en ese instante que una brecha se había comenzado a abrir en su relación, seguramente era lo que esas personas querían. Querían que ellos pelearan, por que de otra manera no creía ni una palabra de que lo hacían por la niña, ella aún no había visto el rostro de su hija, no había tenido la oportunidad de tomarla entre sus brazos. Limpió una lágrima solitaria que rodaba por su mejilla y su amiga, que había permanecido hasta ese

momento en segundo plano, se acercó para abrazarla y darle consuelo.

—No debes llorar por eso, estoy segura que Jasón no lo hizo con la intención de que te enfadaras. Sólo quiere lo mejor para la niña, y los Daniells son, dentro de lo que cabe, buenas personas.

—Es que nos han hecho tanto daño con sus influencias, si ni siquiera pude dar a luz en la clínica, el médico me dijo que me mudara pronto. Que me harán la vida imposible.

—No quiero ser ave de mal agüero, pero los Daniells nunca se detienen ante nada.

—Los odio, Mary, si no fuera por el amor que le tengo a Jasón, me hubiera largado de este lugar a la primera oportunidad, pero no imaginó mi vida sin él.

—Ahora no pienses en eso, debes descansar, pasado un tiempo verás cosas desde otra perspectiva.

Después de lo que le pareció una eternidad, Jasón llegó cargando un pequeño bultito de color rosa, obviamente esas mantas y la ropa, junto con la maleta de bebé, no eran suyas, porque Madeleine no había comprado nada. Pero en ese momento no tenía tiempo para ponerse a discutir en quien los había comprado o no, lo único que quería era estrechar entre sus brazos a su hija.

En cuanto la pusieron frente a ella supo lo que significaba el amor a primera vista, era tan pequeñita, tan indefensa.... que de inmediato su corazón saltó de amor por ella, todo valía la pena, absolutamente todo. Aún no creía que lo más doloroso hubiera pasado, pero después de ver que Katherine, —que era como habían decidido que le pondrían por nombre—, estaba bien respiró con alivio. Después de sostener a su hija en brazos por unos instantes que fueron insuficientes, le dijeron que tenía que dejarla para que descansara, Mary le dijo que le traería una cunita portátil de su hija que ya no usaba, de esa manera podía tenerla cerca de su cama para que la atendiera. Durmió todo lo que pudo, porque estaba segura que el trabajo de cuidar a una recién nacida no sería nada fácil.

Capítulo 14

El sonido del gorgoteo de su hija la hizo sonreír, estaba recostada en la pequeña cunita portátil, — que muy pronto le quedaría pequeña—, apenas tenía tres meses, pero parecía que crecía a pasos agigantados, se acercó a ella para ver que todo estaba bien y su hija aparentemente estaba acostada tratando de alcanzar su pie. Tenía las mejillas algo sonrojadas pero tal vez se debía a que estaba haciendo un calor descomunal. Pasó una mano por sus tersas mejillas y todo su cuerpo se puso alerta, no estaba sonrojada por el calor, su hija estaba ardiendo en fiebre.

Asustada comenzó a quitarle la ropa a su hija para tratar de controlar su temperatura, no tenía ni la menor idea de lo que se hacía en esos casos, miró el reloj que estaba sobre una mesilla y se dio cuenta de que aún faltaban más de cinco horas para que llegara su marido, pero no podía dejar a su hija en ese estado tantas horas hasta que Jasón llegará.

—Cielo, no te pongas malita, ahora no, por favor...—dijo pasando un pañito húmedo por su cuerpo, con su móvil llamó a Mary que le dijo que en un momento estaba ahí para ayudarla, que no se asustara.

No tenía ni la más mínima idea de cómo tratar a niños pequeños, ilusamente pensó que aprendería sobre la marcha, paso a paso, pero cuando suceden esos momentos donde un bebé que no habla se enferma, son los más difíciles de la vida. El sonido de la camioneta de su amiga la hizo suspirar de alivio.

— ¿Qué sucede? —dijo su amiga nada más entrar, mientras Madeleine le pasaba un trapo húmedo por la frente a su hija.

—No lo sé, estaba bien, me acerqué a ella porque estaba muy sonrosada y cuando sentí su piel supe que algo estaba mal, estaba ardiendo.

—Bien, déjame comprobar que sucede —Mary llevaba un termómetro digital y se lo acercó a la

niña con una habilidad envidiable. Cuando el artefacto comenzó a pitar, el corazón de Madeleine se detuvo por completo —, tenemos que bajarle la temperatura para llevarla al doctor.

Madeleine trajo la bañerita de la niña y puso agua fría tal y como se lo había ordenado su amiga, era un alivio tener en quien confiar. Dejaron completamente desnuda a la niña y la metieron al agua, sus manitas temblaban de frío, si por ella fuera la sacaría en ese mismo instante para cobijarla, pero sabía que tenía que hacerle caso a Mary, porque ella ya tenía hijos, de manera que sabía lo que estaba haciendo. Cambiaron el agua de nuevo y después de lo que a ella le pareció una eternidad comenzó a bajar un poco la temperatura, pero no lo suficiente como para no llevarla al médico. Cambió la ropa de su hija, abrigándola ligeramente, Mary la llevó en su camioneta hasta la clínica, pero algo iba mal por que mientras conducía la notaba tensa.

— ¿Qué sucede? ¿Crees que no llegaremos a tiempo a la clínica?

—No, es que no quisiera que te hicieran un desaire en cuanto llegemos, lo mejor será que pase yo con la niña y me esperes en el coche.

— ¿Por qué? Soy yo la madre de la niña, aparte es un servicio público, no pueden de negarme la atención médica.

—La clínica la construyeron con un fideicomiso de los Daniells, y el ayuntamiento puso otro tanto de dinero. Pero aquí casi todos sabemos que la clínica es prácticamente de los Daniells.

— ¿Y temes que no quieran atender a mi hija porque me odian?

—Por el pueblo se escuchan muchos rumores, este no es el mejor momento para contártelos, pero se dé buena fuente que están haciendo lo posible por cerraros todas las puertas de este maldito pueblo vendido.

—¡¡Pero es su nieta!!

—La gente de aquí está acostumbrada a que les obedezcan, y cuando alguien les lleva la contraria no tienen piedad de nada.

—Eso es lo más injusto que puedan hacer.

Llegaron a la clínica y, a pesar de las advertencias de su amiga, Madeleine se bajó del coche dispuesta a pedir que atendieran a su hija, aunque tuviera que pasar arrollando a quien fuera.

Llegaron al mostrador y una chica rubia, —muy joven, de aproximadamente veinte años—, vestida de enfermera saludó a Mary antes de perder la sonrisa al verla a ella.

—¿Qué desea, Mary? —dijo ignorándola a ella.

—Becky, la hija de mi amiga tiene mucha fiebre ¿Crees que el doctor de guardia la pueda revisar?

—Sabes que tenemos prohibido el acceso a ciertas personas que no cuentan con la aprobación para ser atendidas en esta clínica.

Esas palabras sí que la pusieron furiosa, ¿pero es que en un universo paralelo se le negaba la atención médica a alguien?, a ella incluso el doctor asistía a su casa para valorarla, y en ese lugar alejado de la mano de Dios le negaban la asistencia médica únicamente porque había tenido la grandiosa idea de enamorarse de un hombre.

Pensó en pedirles ayuda a sus padres pero sabía que no moverían un dedo por ayudarla, como le dijeron el día en que los vio, para ellos era como si estuviera muerta, y aún no sabía cuál era el grandísimo pecado que había cometido para recibir tal castigo. Estaba a punto de protestar a aquella fulana para que atendieran a su hija o ya se podía preparar para el escándalo que armaría, cuando una voz la detuvo en seco.

— ¿Qué sucede, Becky?—la voz de su suegra llegó hasta ella para avivar más su coraje, esa mujer y su marido era los culpables de su desgracia.

—Nada, Rebeca, estaba diciéndole amablemente a esta señora que no puede acceder al servicio de la clínica. — ¿Rebeca? Ahí había algo raro, esa mujer quería tener contenta a su suegra a como diera lugar.

—No tienen ningún derecho de negarle la atención a mi hija, y usted—dijo señalándola con el

dedo—, no puedo creer que su vida sea tan miserable que niega el servicio médico a su propia nieta, ¿Qué clase de corazón tiene?

—Tú te atreviste a robarme a mi hijo, y eso nunca lo podré olvidar.

Su hija comenzó a llorar muy fuerte en los brazos de su amiga, tal vez por los gritos que estaban dando, así que dejó a un lado su coraje y fue a verla, en cuanto la destapó vio que la mirada de su hija estaba desenfocada y su cuerpo comenzó a tener movimientos involuntarios, no tenía mucha experiencia en esos temas pero estaba segura que su hija estaba convulsionando. Asustada corrió por el pasillo buscando quien la ayudara con su niña en brazos, que no dejaba de moverse, nadie te enseña cómo ser madre, y mucho menos nadie te enseña cómo debes actuar cuando un hijo está enfermo.

Para Madeleine fueron los momentos más angustiosos de su vida, un doctor salía de una consulta y ella no perdió tiempo, corrió hasta él para pedirle ayuda.

—Ayúdela, por favor, ayúdela. —rogaba sin dejar de llorar por la impotencia.

—Tranquila, deme a su hija—el doctor entró en la consulta con su hija en brazos y aunque ella quería entrar, una enfermera le prohibió el paso. Mary se acercó para acompañarla, dándole palabras de aliento, pero Madeleine únicamente quería que su hija estuviera bien.

Algo tenía que haber hecho mal para que su hija enfermara, se repetía una y mil veces que si algo le pasaba nunca se lo perdonaría, ella no estaba preparada para cuidar a un bebé, su hija era prematura y debía tener un cuidado especial con ella, y sin embargo algo había hecho mal, estaba segura de que todo era culpa suya.

Tenía que ser culpa suya, tal vez cuando le dio su baño no tuvo la suficiente precaución para que las corrientes de aire no le dieran directas, tal vez cuando la sacó a que le dieran los rayos de sol la expuso demasiado. Eran tantas las posibilidades que estaba segura que ella era la culpable.

—Veo que no sirves ni para cuidar a un bebé, no sé en qué estaba pensando mi hijo al convertirme

en su esposa. Pero si crees que voy a dejar que atiendan a tu hija, estas muy equivocada, en este momento pido que te la den para que te marches de aquí.

— ¡No! no lo haga, dejé que la atiendan, en este momento no me importa nada, dejé que atienda a mi niña.

—Suplícamelo de rodillas, suplica arrastrándote como la alimaña que eres.

—Aquí la única serpiente venenosa es usted—dijo Mary que estaba a punto de golpear a la suegra de su amiga—, en cuanto acabe con usted no le quedara ni un maldito diente.

—Espera, Mary...—dijo deteniendo a su amiga, no podía permitir que le negaran la atención médica a su hija —, no hagas nada, es mejor no provocarla.

Capítulo 15

Miró a todas partes antes de volver la vista a su suegra, esa mujer que la odiaba más que a nada en el mundo.

— ¿A qué esperas? ¿quieres que llamé a seguridad para que os eche de aquí?.

Madeleine no dijo nada, lo único que hizo fue ponerse de rodillas en medio de la clínica, frente a las personas del pueblo que más la odiaban, para suplicar a su peor enemiga que tuviera piedad por su hija.

—Le suplico que no saque a mi hija de aquí. —dijo tragándose el orgullo que tenía, si necesitaba arrastrarse por su hija lo haría sin dudarlo.

—No te he escuchado, ¿qué dijiste, zorra avariciosa?. —esa mujer realmente estaba disfrutando de su desgracia, pero no dejaría que la maldad en sus ojos la detuviera.

—Por favor, señora Daniells, le suplico que no saque a mi hija de su clínica—una lágrima resbalaba por su rostro por la frustración que sentía—, se lo suplico, por lo que más quiera.

—Lo que más quiero es a mi hijo y lo quiero lejos de tus garras, te lo advierto, mocosa de ciudad, lárgate de aquí y deja a mi hijo, porque no descansaré hasta que te largues. Hoy despidieron a Jasón del rancho, en unos días no tendrán nada de dinero, ¿Cómo comprarás las medicinas de tu hija? ¿Cómo le darás de comer?

—No entiendo la razón de su odio.

—Destruiste todos los planes que teníamos para Jasón, por tu culpa no se convertirá en un hombre importante. Así que por el bien de todos, lárgate, a mi nieta la dejarás aquí con nosotros, me he puesto en contacto con tus padres y no quieren saber nada de ti, así que no puedes recurrir a ellos. Tú debes elegir, si te marchas, Jasón regresará a su puesto en el rancho y no sufrirá por nada, tu hija tendrá la mejor educación y atención que jamás habrás soñado, nada impedirá que sea feliz,

pero a ti te quiero alejada de ellos para siempre.

—No puedo hacerlo.

—Es tu decisión, tienes una semana como máximo para decidirte, estaré muy contenta si es que esa abuela tuya viene por ti. Al parecer querías estudiar para ser diseñadora, aprovecha esa oportunidad.

Sin más se fue dejándola con la palabra en la boca, ¿Cómo podría irse de allí dejando lo que más quería? No, no podía, tenía que encontrar otra solución. Mary se acercó para ayudarla a levantarse, mientras algunas personas la miraban con cierto recelo y otras con desprecio, en ese momento comprendió que en ese lugar nadie la apoyaría, nadie excepto Mary.

—No le hagas caso a esa bruja, no debiste detenerme, me hubieras dejado que le destrozaré esa fastidiosa cara de cerdo que tiene. Es una maldita bruja, es imperdonable lo que os está haciendo.

—Tienes razón, Mary, desde que llegué a este maldito pueblo nadie me ha tendido la mano, todos me miran como si hubiera cometido el peor pecado del mundo, pero ahora sólo quiero que mi hija esté bien.

—Se pondrá bien, ya lo veras; los niños tienden a dar estos sustos, pero se recuperan rápido.

Esperaron durante más de una hora a que el medico saliera a decirles lo que tenía su hija. Al parecer las convulsiones eran producto de la alta temperatura corporal de la niña, que aparentemente tenía una infección estomacal. El doctor le explicó lo que tenía que hacer en caso de que se volviera a repetir el episodio, y aunque su hija ya estaba con medicamentos y con vigilancia médica, algo dentro de Madeleine le decía que nada estaba bien.

El doctor dijo que por precaución la niña debería pasar la noche en la clínica, así que Mary le prestó su camioneta para que fuera a su casa y trajera algo de ropa limpia para la niña, tenía que ir buscar a Jasón y comprobar que lo que dijo esa vieja venenosa era cierto. No podían darse el lujo de que él se quedara sin empleo.

Llegó a su casa y aún con lágrimas en los ojos suspiró mirando aquellas pequeñas paredes, su vida residía dentro de ellas, aunque el mundo exterior se empeñara en destrozar su felicidad. Abrió la puerta y el mundo se le vino encima al ver a Jasón sentado en la cama, pasándose las manos por su cabello con nerviosismo.

— ¿Jasón? —al notar el sonido de su voz apagada y observar que había estado llorando, su marido se puso alerta caminando hasta donde estaba. En cuanto la abrazó supo que había llegado al lugar correcto, ese lugar donde se sentía segura.

— ¿Qué sucedió, cielo? ¿Dónde está la niña?

—Katherine tenía la temperatura muy alta y convulsionó en la clínica, el médico ya le dio un tratamiento, pero la quiere dejar en observación para descartar que no sea un problema más grave.

— ¿Pero, está bien?

—Sí, he pasado un susto de muerte, nunca he tenido tanto miedo como en ese instante, pensaba que la iba a perder, su cara estaba pálida y no dejaba de moverse —dijo sin poder derramar más lágrimas, no podía confesarle a su esposo lo que su madre la estaba obligando hacer —, tuve tanto miedo.

— ¿Y con quién la dejaste, amor?

—Mary se ofreció a cuidarla mientras yo venía a por ropa, la pobre me llevó y ha estado a mi lado en todo momento.

—Busca lo que tengas que llevar y vamos para la clínica. —dijo él con cierto nerviosismo, se notaba que estaba que se subía por las paredes, ella misma lo comprendía porque no quería estar alejada de su hija, le había costado la vida misma separarse del pequeño cubículo donde estaba su hija en una cunita portátil, pero Mary la convenció de que tenía que ir a su casa a buscar ropa y comer algo. Tenía el estómago cerrado, así que fue imposible que probara bocado, recogió una pequeña maleta con todo lo necesario para su hija.

Decir que la noche en la clínica fue corta sería mentir, Madeleine no dejaba de observar a su hija, y tenía miedo de dormirse y que le volviera a suceder el episodio de la fiebre, Jasón estaba sentado a su lado y cada poco le acariciaba su mano para darle fortaleza. Por momentos su esposo iba y acariciaba la pequeña manita de su hija y le susurraba palabras de cariño, sabía que él estaba loco por su hija, se lo demostraba cada día cuando al llegar del trabajo pasaba horas acariciándola o simplemente susurrándole cariñitos.

Lo miró sin que se diera cuenta mientras estaba concentrado acariciando la mejilla de su bebé y se preguntó cómo seguiría la vida sin ellos. No quería saber la respuesta, y tampoco quería ser cobarde, quería luchar por mantener su lugar al lado de Jasón, pero la realidad estaba esperando su turno para comenzar a atacarlos. El doctor había sido muy claro, la factura médica se llevaría los pocos ahorros que les quedaban. Su esposo se acababa de quedar sin empleo, y su suegra no descansaría hasta ver que se largaba de ahí. Tenía dos opciones, dejar a su hija con Jasón para que él cuidara de ella, pero con la seguridad de que no les faltaría nada, o salir de ahí con su hija, sin rumbo fijo para pasar carencias. Estaba hecha un lio de pensamientos, quería ir y agarrar de los pelos a esa maldita víbora que era Rebeca y arrastrarla por todo el pueblo hasta que su muy esquelético cuerpo quedara inconsciente. Pero eso lo dejaría solo a la imaginación porque de atreverse a ponerle un dedo encima a esa mujer no tardarían en lincharla en la plaza del pueblo, quemándola con leña verde.

Tenía que hablar con alguien que la orientara, alguien que en el pasado estuviera en su misma posición. Y sólo conocía a una persona.

Capítulo 16

El sonido de un coche parando enfrente de su casa provocó que sus nervios estuvieran al borde del colapso, su hija estaba dormida en la cunita portátil y Jasón había salido para ir a uno de los ranchos vecinos a preguntar si necesitaban algún trabajador.

Hacía una semana desde que habían salido de la clínica y por suerte su hija no tuvo más ataques de fiebre ni nada por el estilo, no dejaba de darle vueltas al asunto de su suegra, le había dado un ultimátum pero ella no pensaba dejar que la intimidara de ninguna manera, si tenía suerte, Jasón encontraría otro trabajo, o ella misma iría a pedir empleo en el pueblo o al pueblo vecino.

Pero aun así, con todo y esos pensamientos positivos, llamó a su abuela para hablar con ella, el sonido de alguien golpeando la puerta suavemente la sacó de sus pensamientos, se apresuró a salir para que su hija no se fuera a despertar. Su abuela estaba impresionante con su vestido color perla, y no le pasó desapercibida la mirada de horror en cuanto la vio, tenía unos vaqueros desgastados que habían tenido tiempos mejores y una camiseta ancha.

—Pero, niña ¿Qué te ha pasado? Pensé que era una broma cuando me lo contó tu padre. —su abuela entró en la casa saludándola, pero apretó los labios disgustada por el lugar al que ella llamaba casa, aunque se abstuvo de hacerle algún comentario.

—Pasa, abuela, estás en tu casa. —dijo irónica, aunque su casa era muy sencilla ella se había encargado de que todo estuviera limpio y bien ordenado. Incluso cortaba flores que estaban creciendo muy cerca de su casa para que no se viera todo tan monótono.

—Aunque no lo creas he estado en lugares peores a este, esta casa parece una mansión en comparación al lugar donde vivía yo en mi infancia—dijo su abuela suspirando—, pero dentro de lo que cabe fui muy feliz. Ahora dime, cielo, ¿por qué me has llamado?.

—Parecerá una tontería, pero la niña estuvo enferma la semana pasada, y a Jasón le han dejado sin trabajo, nadie nos quiere aquí, todos nos tratan mal, las tiendas no me quieren vender nada. Tuve

que suplicar de rodillas por que atendieran a mi hija en la clínica —dijo sin ser consciente de que se le escapaban las lágrimas—. La vida ha sido un poco dura en estos meses.

—Y estás arrepentida de lo que has hecho. —las palabras de su abuela la pusieron a pensar, pero no, no se arrepentía en absoluto; de ser así estaría arrepintiéndose de tener a su hija, y eso nunca lo haría.

—No, de hecho, soy muy feliz a pesar de todas las carencias, pero siento que algo me falta, mi suegra me ha amenazado con destruir a mi familia, dice que no descansará hasta ver que me he largado de aquí.

—¿Y a qué esperas?, sabes que si necesitas dinero yo te lo daré, aunque tu padre este furioso contigo, yo te apoyaré en lo que decidas.

—No es dinero, quiero tu consejo, si me voy, quiero saber qué es lo que se siente al abandonar a un hijo.

A su abuela se le cortó el aliento, era un pasado que no le gustaba mucho recordar, por suerte, su hijo, aunque al principio fue un poco duro con ella, al final terminó perdonándola, no es que tuvieran la relación más allegada pero sí que estaban en constante comunicación, de manera que la relación entre ellos era más o menos estrecha.

—Al principio fue muy duro, separarte de alguien al que has traído al mundo es, por lo menos, la segunda situación más dolorosa para una mujer, pero todas las circunstancias me obligaron a dejarlo, pensé que lo dejaba en buenas manos, y nunca se me ocurrió que mi hijo pudiera estar sufriendo en la pobreza. No me arrepentiré lo suficiente en la vida.

— ¿Por qué no volviste por él?

—Por muchas cosas, a las mujeres se les juzga por cualquier defecto o error según la sociedad, era una mujer que se quedó embarazada de un hombre que desapareció por arte de magia el día que se enteró de mi embarazo, tenía diecisiete años, y aunque ya no era una niña, apenas estaba

descubriendo lo que era la vida. Pasaron varios años hasta que conseguí un poco de dinero, trabajé hasta lo incansable, y un buen día apareció mi primer esposo, no te voy a negar que en cuanto tuve lo suficiente para contratar a un investigador busqué a tu padre, pero él tardó varios años en encontrarlo.

Madeleine no dijo nada, estaba segura que su abuela estaba contándole algo que aún le dolía mucho.

—No había día que no estuviera en mi pensamiento, pensaba en si había comido, o si estaba bajo un techo a buen resguardo, o si le habían pasado las peores atrocidades, era horrible pensar que yo estaba en una casa con techo y comida y mi hijo rondaba solo por el mundo, cuando el investigador lo encontró fue el día más feliz de mi vida, pero me di cuenta de todo el tiempo que perdí a su lado. ¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres perder tiempo al lado de tu hija? Eres muy joven y comprendo que tengas muchas dudas, pero si te vas de aquí, si te alejas, tienes que pensar que será renunciando a tu hija.

—No quiero irme, pero tampoco quiero que sufran por mi culpa, ahora están atacando por el lado económico, pero sé que comenzarán a destruir nuestro matrimonio hasta que nos terminemos odiando.

No se detendrían ante nada, de eso estaba segura, porque su suegra no era una persona que aceptara la derrota tan fácilmente. Por otro lado, estaban sus sueños. Quería asistir a la universidad para desarrollarse en el mundo de la moda. Y en su vida actual no había espacio para eso, por lo menos en los próximos años, todo era diferente en ese lugar, ahí las mujeres se dedicaban a cuidar de sus hogares, de sus hijos, o participar en alguna obra de beneficencia, pero no creía que vieran con buenos ojos que ella estudiara una carrera profesional.

—Si quieres seguir aquí sabes la vida que te espera, te costará el doble de esfuerzo, y necesitaras de todo el apoyo de tu marido. Y si por otra parte quieres salir de aquí, sabes cuales son las consecuencias, no quiero que sufras o pases por lo mismo que yo pase. Piensa con el corazón.

Capítulo 17

Pensar con el corazón era lo más difícil, su abuela se había marchado dejándola aún más confundida, todo lo que le rondaba en la cabeza era cuál de las opciones elegiría. Y no porque no amara a su familia, más bien porque se negaba a hacerles más daño. Sabía que en cuanto ella se fuera, Jasón recobraría su posición, su hija no tendría las carencias que tenía en esos momentos, y no sería señalada como lo hacían en ese momento.

Quería otra calidad de vida para su hija, y definitivamente allí no lo lograría, pero el problema residía en que no quería alejar a Jasón de su hija, no tenía el corazón para separarlos, y por mucho que ella se partiera en dos al dejarlos ahí, estaba convencida de que era lo mejor para todos. Tal vez, una vez que tuviera un futuro mejor, regresaría por su hija, pero en ese momento no tenía nada que ofrecerle.

Su abuela le había dejado el dinero para el billete de vuelta, también se había asegurado de que si decidía regresar a la ciudad, ella la alojaría en su casa. A Madeleine no le importaba vivir de manera sencilla, pero lo que no quería era terminar odiándose con Jasón por culpa de su familia.

Estaba en un dilema emocional que no sabía cómo resolver, se acercó a la cuna de su hija esperando encontrar una respuesta, era lo más difícil que tenía que hacer, era como desprenderse de algo de vital importancia y querer seguir viviendo sin ello. Pero estaba convencida de que tomaría la solución más acertada, posiblemente Jasón la odiaría para siempre, por que si de algo estaba segura era de que para él no existían las segundas oportunidades.

Pensando en su esposo, recordó como había dejado todo tipo de comodidades por ella, estaba segura que para él también era difícil, de noche lo escuchaba dar vueltas en la cama, seguramente pensando donde conseguir empleo. Y ahí era donde residía su principal problema, Mary le había hecho el favor de darle cosas de su tienda para que pudieran comer mientras él no tenía trabajo, también con toda la pena del mundo le tuvo que prestar para completar la factura médica, a su

marido no le dijo nada, para Jasón era como si a su hija la atendieran con algún servicio social y no cobraran nada. Pero necesitaba recuperar el dinero para pagar. Y aunque le doliera el alma, necesitaba hacer algo con urgencia. Esperaría unos días para ver si tenía suerte Jasón encontrando un empleo, porque de otra manera su vida se comenzaría a desmoronar.

Había pasado otra semana y no había forma de encontrar un dichoso empleo, Jasón estaba que se subía por las paredes, y eso les llevaba a discutir por todo, a ella le recriminaba que si la comida no le gustaba, que si su ropa no estaba lo bastante limpia. Cada vez que su hija lloraba él se ponía más de los nervios y en vez de tener que calmar solo a la niña, tenía que calmarlos a los dos. El colmo fue cuando la noche anterior ellos discutieron por que él quería ir a casa de sus padres a rogar porque le devolvieran el trabajo, y ella dijo que no, recordando como aquella mujer había hecho que se pusiera de rodillas suplicando, era tan malvada que seguramente lo obligarían a hacer lo mismo y no quería que él tuviera que pasar por ese trago amargo. Pero como él seguía empeñado en regresar a trabajar al rancho donde había nacido salió de la casa dando un portazo que dejó llorando a la niña y a ella por igual al sentir la impotencia y la frustración. No quería que esas personas ganaran la batalla, pero tampoco estaba convencida de querer tener esa vida siempre.

Jasón no llegó ese día, pero supo por su amiga Mary que estaba en el pueblo emborrachándose, no sabía si sentir un alivio inmenso o estar enfadada de por vida con él. Ella estaba en su casa tratando de encontrar una solución a sus problemas y él únicamente salía a emborracharse como si eso fuera lo más importante en la vida. Quería con toda su alma quedarse en ese lugar cerca de su familia, pero todo comenzaba a írsele de las manos.

Con ayuda de su única amiga fue al pueblo para sacar a Jasón de la cantina, al parecer, a parte de tener que pagar la cuenta de todo lo que se había bebido, tenía que recogerlo también. Entraron buscándolo al pequeño local, que tenía una barra enorme donde unos cuantos del pueblo tomaban unas cervezas, en algunas mesas había hombres jugando a las cartas y otros simplemente conversando o viendo la televisión. Como no encontraba a su esposo preguntaron en la barra para

saber si lo habían visto. Lo que menos quería era que él se hubiera ido por su propia cuenta. Únicamente de pensar en los peligros que correría de andar solo le daba escalofríos.

Respiró con alivio cuando el dueño de la cantina le dijo que estaba en uno de los cuartos que tenía para cuando los clientes se pasaban de copas, obviamente le dijo con mal gesto que ese gasto tenía que correr por cuenta de ella, casi le daba vergüenza mirar a su amiga que era la que la estaba ayudando.

Subió corriendo los escalones que daban al segundo piso solo para que el alma se le partiera en mil pedazos, ahí, en ese catre de mala muerte estaba acostado su esposo mientras una mujer estaba sobre de él, ambos estaban desnudos, como si acabaran de tener un apasionado encuentro. Tal vez si su esposo estuviera lo suficientemente borracho como para no darse cuenta de sus actos, ella se pararía a pensar que todo fue producto del alcohol, pero la rabia la comenzó a invadir cuando se dio cuenta de quién era la mujer.

Esa maldita descarada de Becky, la misma que en la clínica la miraba con una sonrisa burlona, mientras ella suplicaba para que atendieran a su hija, Jasón acariciaba su espalda de manera descuidada justo como la acariciaba a ella después de hacer el amor. No fue capaz si quiera de decir una palabra, únicamente se dio la media vuelta y bajó los escalones con la misma velocidad con la que los había subido, pero con los ojos inundados de lágrimas.

— ¿Qué es lo que sucede? ¿Dónde está Jasón?

Madeleine no tenía el valor para decir con palabras lo que había visto, su corazón aún estaba palpitando acelerado mientras sentía que algo se rompía dentro de ella. Ahora lo comprobaba de primera mano, nunca los dejarían ser felices, alguien siempre intentaría ponerles zancadillas para que tropezaran, si alguna vez pensó que era imposible que llegara a odiar al hombre por el que había dejado su antigua vida atrás, estaba muy equivocada, porque, aunque no quería, una parte de ella estaba comenzando a odiarlo.

No dijo nada en todo el trayecto, pero su amiga sabía que algo no iba bien, lo sabía porque la

miraba de reojo cada poco como si estuviera frente a una bomba de relojería.

— ¿Estas más tranquila para contarme que sucedió?

—Jasón estaba con Becky en la cama.

—¡¡¿Qué!!—el grito de su amiga seguramente lo escucharon hasta en Alaska, pero ella no le prestó la menor atención, reviviendo las imágenes de su esposo con otra en la cama. Si alguien le hubiera dicho que no era posible morir de amor, ella en ese instante le diría que ella estaba muriendo por esa causa. Y que sí que era posible morir de amor—, ¡¡Ese maldito cabrón, no puedo creer que no lo sacaras de la cantina de los pelos!!

En ese instante ni siquiera ella era consciente de como no lo había matado frente a esa zorra.

Capítulo 18

Sentía una furia que la consumía por dentro, pero también sentía que tenía la decisión correcta. Dejó a su hija con Mary para que se la cuidará mientras iba a su casa para recoger las pocas cosas que tenía, incluido el dinero que le había dado su abuela, compró el billete para volver a la ciudad de la que nunca debió de salir y regresó a casa de su amiga.

— ¿Estás segura de lo que vas a hacer? —le preguntó Mary viéndola acariciar el rostro de su hija casi con devoción.

—No tengo otra opción —dijo llorando sin tratar de contener el llanto. Esa era por mucho la más dolorosa de las despedidas—si la llevo conmigo pasará penurias, aquí le darán todo lo que le pertenece por derecho.

—Puedes acudir a tu familia, estoy segura de tu abuela te ayudara económicamente.

—No lo dudo, pero necesito encontrar mi camino, si me quedo aquí terminaré odiando cada día más a Jasón, no creo poder borrar de mi memoria la imagen de ellos sobre la cama.

—Vas a sufrir todos los días que pases lejos de ellos, ¿por qué no habláis y solucionáis vuestras diferencias?.

—¿Tú perdonarías a tu esposo si te fuera infiel?.

—No creo poder soportar una traición de esa magnitud.

—Entonces ahí tienes tu respuesta, no es que no crea que no existen las segundas oportunidades, pero por el momento no me siento capaz de hablar con él sin romper a llorar y preguntar qué fue lo que hice mal para que corriera a refugiarse en los brazos de esa mujer.

—Pero si tú no tuviste la culpa de nada.

— ¿Entonces, qué fue lo que sucedió?

—Pues que es un gran idiota y aunque le hubieran tendido una trampa, no tenía por qué caer en

ella.

—Por eso no quiero hablar con él, por que temo que me diga que todo fue una trampa y que le crea, para que después lo vuelva a repetir y yo como una estúpida le siga creyendo. Necesito poner distancia entre nosotros.

—Pero te vas a ir sin despedirte siquiera.

—Me estoy despidiendo de ti, que has sido más que una verdadera amiga, y le estoy diciendo un hasta pronto a mi hija, sé que la cuidarás bien, y no permitirás que le pase nada malo. Si crees que la niña corre peligro en esa casa, me avisas y pediré ayuda a mi familia. Pero, por favor, prométeme que la cuidarás, aunque sea de lejos.

—Y tú prométeme que te convertirás en una mujer de éxito, prométeme que harás que valga la pena todo este sufrimiento.

—Te lo prometo.

Subió al autobús que la llevaría al aeropuerto para después tomar un vuelo para llegar a la ciudad, una parte de ella se quedaba en ese rancho y la otra parte se iba con ella llorando por la pérdida de todos los sueños que había construido al lado de Jasón y que jamás se cumplirían.

La gente definitivamente la tacharía de cobarde, seguramente algunas dirían que de estar en su lugar, se hubieran aferrado con uñas y dientes, y posiblemente también dirían que de ser ellas, cargarían con su hija hasta el fin del mundo sin importar las carencias por las que tuvieran que pasar, pero ella era simplemente incapaz de separar a Jasón de su hija, sabía y tenía plena confianza de que él cuidaría de ella y no permitiría que algo malo le pasara, la amaba por sobre todas las cosas, y sabía que serían felices. Aunque ella sufriera todos y cada uno de los días.

El viaje de regreso fue más difícil de lo que pensaba, todo el trayecto se lo pasó llorando y cuando no estaba llorando trataba de dormir, se imaginaba que para esas horas Jasón ya habría llegado a su casa para darse cuenta de que lo había abandonado.

Su abuela la fue a recibir al aeropuerto y no le preguntó nada, simplemente la abrazó y la consoló tal y como se espera que haga una madre. A partir de ese día comenzó su calvario, no aceptó ninguna ayuda de su abuela y consiguió un empleo que le permitió alquilar una pequeña habitación, por las mañanas estudiaba diseño de moda y por las tardes trabajaba, llegaba tan cansada a su cuarto que en cuanto ponía la oreja sobre la almohada no le daba tiempo para nada, solo para suspirar pensando en su hija, y después se dormía abrazando una pequeña mantita que ya no conservaba el olor de su bebé de tanto que la abrazaba.

El éxito no tardó en llegar, se dedicó en cuerpo y alma a terminar la carrera para comenzar a trabajar en lo que realmente le gustaba, hablaba todos los días con Mary pidiéndole que le contara si había visto a su hija, esta le contaba que era una niña preciosa, y que tenía enamorados a todos en el rancho. Ella se alegraba mucho de que por lo menos su hija fuera feliz, se había prometido que algún día volvería a reclamarla, pero conforme iban pasando los días le invadía el miedo al rechazo.

Habían pasado nueve años, nueve años en los que su corazón estaba incompleto, y aunque estaba teniendo bastante éxito con sus diseños, no pudo evitar que su abuela le proporcionara contactos importantes que le abrieron el camino más fácilmente. Se puso el apellido de su abuela, para que nadie la ligara con los negocios de su padre, y a partir de ese momento se comenzó a desenvolver como Madeleine Rochester, abriendo sus propias tiendas de diseño exclusivo.

Capítulo 19

Madeleine suspiró mirando el diseño que tenía en los bocetos, hacía pocos meses que acababa de salir su nueva línea de vestidos de novia, ese era un caso especial porque la novia no había aparecido por la tienda, más bien fue el novio el encargado de pedir el diseño del vestido, entregándole un recorte de una revista, le dijo que quería un vestido con cierto parecido, pero realizándole los retoques que él señaló. El resultado era fabuloso, a Madeleine le daba una envidia enorme la suerte que tenía esa chica, o eso pensaba hasta que llegó la primera prueba del vestido, la chica era muy hermosa, pero sus ojos no reflejaban la felicidad de una novia ansiosa por su boda, más bien parecía que estaba ahí forzada por la situación.

Trató de hablar con ella para que se relajara y poco a poco surgió conversación, aunque al parecer había llevado muy lejos su charla, lo supo y se arrepintió en cuanto escuchó la pregunta que le había hecho la novia.

— ¿Está usted casada?—dijo la chica mirándola de reojo, a lo que Madeleine sólo pudo contestar con las palabras que decía cada que le preguntaban algo referente a su vida pasada.

—Lo estuve, pero tomé las decisiones equivocadas y ahora estoy aquí; con una carrera exitosa pero vacía por dentro.

— ¿Se arrepiente? — ¿qué si se arrepentía?, vaya, solo Dios sabía lo mucho que dolía estar separada de su hija y de su esposo, ya que aunque tratara con todas sus fuerzas de odiarlo, no lo lograba.

—Profesionalmente no, pero si tuviera la oportunidad de cambiar mi vida, lucharía más por él.

Tal vez las personas dirían que se merecía todo el sufrimiento que estaba pasando. Mary le enviaba fotos de como iba creciendo su hija y cada vez que miraba lo grande y feliz que era, el mundo se le venía encima al comprobar que eran felices sin ella.

Detrás de su escritorio miraba en el ordenador la foto que le acababa de llegar por correo electrónico, su hija estaba montada sobre un precioso potrillo blanco mientras Jasón sonreía junto a ella, orgulloso, el cabello rubio de su hija brillaba a la luz del resplandeciente sol, al mirar las sonrisas de las dos personas que más amaba en el mundo, su corazón se paralizó por completo, se dio cuenta por el fondo de la foto que estaban en el rancho de la familia de Jasón. De manera que sí que pudieron seguir la vida sin ella.

Mary había tratado de hablar con ella sobre lo que pasó después de que se marchó del rancho, pero no estaba preparada aún para escuchar la historia, a veces la vida de las personas cambia drásticamente de la noche a la mañana, había conseguido el éxito profesional pero no tenía completa felicidad.

Apagó el ordenador y dejó preparado todo para comenzar a diseñar la nueva temporada, había contratado a una ayudante, y era excelente, y aunque tuvo tiempos difíciles pues pasó por un embarazo sola, Madeleine le brindó apoyo en todo lo que pudo, no quería que Miranda se viera presionada como ella en el pasado. Suspiró pensando en regresar de nuevo a su frío e impersonal apartamento, hacía apenas dos meses que lo había comprado y aún no había tenido tiempo de desembalar todas las cajas, únicamente tenía una cama enorme, o al menos a ella le parecía de ese tamaño al no compartirla con nadie. El apartamento tenía dos habitaciones sin contar el cuarto de servicio, una estancia del tamaño suficiente como para un centro de entretenimiento y unos sofás amplios, o eso vio en la foto de la inmobiliaria porque en realidad lo único que lo decoraba en esos instantes eran sus cajas llenas de cosas. La cocina era lo único decente que tenía ya que estaba equipada de manera sofisticada, fue una suerte que los anteriores dueños se la dejaran completamente equipada.

Después de un día ajetreado se desnudó y se metió en la ducha intentando que el agua borrara las lágrimas que surcaban su rostro, la visita de aquella mujer a su tienda de ropa hizo que se removieran en ella viejos recuerdos que creía enterrados. Salió de la ducha secándose el cuerpo, por esa noche no quería saber nada, en cuanto terminó de secarse el cabello se metió entre las

sábanas como cada noche, abrazando la mantita de su hija, a la que después de tanto tiempo ya no le quedaba nada del olor de su pequeña.

Tal vez si enfocaba el sentido de su vida en el único objetivo de triunfar y triunfar no se sentiría tanto el yugo de esa soledad que a veces la noqueaba hasta dejarla sin aliento. Entró en su oficina para ver que tenía pendiente antes de salir con rumbo al aeropuerto para visitar a su abuela, era su cumpleaños y quería sorprenderla con una visita sorpresa, después de que su familia le diera la espalda había cortado de raíz cualquier relación con ellos, y aunque ellos sí que querían un acercamiento, ella se negaba en redondo. No quería tener ningún lazo con las personas que tenían que quererla por sobre todas las cosas y le habían dado la espalda justo cuando más los necesitaba.

Tan concentrada estaba detrás de su escritorio tratando de abrir un correo de Mary donde le enviaba la última foto de su hija que no se dio cuenta de que su asistente entraba para darle los recados.

—Madeleine, tienes un cliente que quiere hablar contigo.

— ¿Tiene cita? No recuerdo tener nada agendado para esta hora.

—No, pero dice que está dispuesto a pagar lo que sea para tener una charla con la diseñadora, al parecer alguien le recomendó esta boutique, me dijo que venía de parte de tu abuela.

—Bien, supongo que debe ser muy importante, de otra manera mi abuela no lo enviaría conmigo. Veamos quien es.

—Lo único que sé es que es muy guapo—dijo su asistente poniendo ojos soñadores y suspirando.

—Joselyn, sólo tú puedes estar pensando en esas tonterías. —dijo acomodando sus rizos rubios y revisando que su maquillaje estuviera perfecto.

—Disculpa, jefa, pero el hecho de que tu tengas un pavor enorme al espectro de los sentimientos, no quiere decir que los demás también. Y ese hombre está para chuparse los dedos, en estos

momentos estoy comenzando a envidiar a la futura novia.

—No seas dramática, deja que te escuche John a ver qué opina.

—Nada, no opina nada porque si opina dormiré en el sillón veinte años. —dijo su asistente poniéndose roja de la furia.

— ¡¿Habéis discutido otra vez?! No puede ser, Joselyn, tienes que ser más comprensiva con el pobre hombre.

—Si de pobre no tiene nada, lo que pasa es que se niega a que estas vacaciones las pasemos en un crucero. Imagínate, quiere que la pasemos en casa de su madre.

—¿Pero aún no le has dicho que ya compraste los billetes para ese crucero?.

—Aún no, y por cómo se ha comportado estoy pensando en irme sola.

—Bueno, luego vemos lo de tu marido y si él no te acompaña me voy yo contigo. Ahora haz pasar a ese cliente que envió mi abuela, estoy segura que es urgente.

—Claro, jefa, enseguida.

Capítulo 20

Madeleine se recolocó su ligera chaqueta en color blanco que cubría la hermosa blusa de seda color menta, se la había puesto porque le encantaba la textura y el color la hacía parecer más joven. Ya no quedaba nada de aquella mujer ingenua que se fue a meter a un lugar donde nadie la quería, ahora era una mujer segura de sí misma y capaz de hacer cualquier cosa para lograr sus objetivos.

Estaba de espaldas a la puerta mirando la foto de su hija que tenía en un portarretratos cuando el sonido proveniente de la puerta le paralizó el corazón provocando que el retrato cayera al suelo rompiendo el cristal.

—Miren a quien me he venido a encontrar, si está aquí mi adorada esposa —maldición, maldición, maldición, ¡¿qué demonios estaba haciendo ese hombre ahí?! El tono irónico con que había hablado no le pasó desapercibido. Tenía miedo de girarse, tenía miedo de darse la vuelta y ver que no era más que un espejismo, tal vez una ilusión que le jugaba su mente —. ¿No piensas saludar a tu esposo como se merece?.

El sonido de una bandeja estrellarse contra el suelo, hizo que volviera la vista a la puerta para ver a Joselyn tratando de levantar la bandeja donde, suponía, llevaba unas tazas de café.

—Creo que regresaré en otro momento. —dijo su asistente apurándose a salir con los pedazos de cristal rotos.

Ninguno de los dos contestó nada, Madeleine ni siquiera se percataba de que ella misma había roto el portarretratos de su hija. Su esposo estaba parado frente a su escritorio llenando toda la estancia con su presencia, era como si de pronto el tiempo se hubiera detenido, Jasón seguía teniendo la misma sonrisa, el mismo cabello ondulado en un rubio que ahora se veía más brillante, los ojos en color azul que la atormentaban todos y cada uno de los días desde que lo abandonó la

miraban como si de repente se hubiera percatado de que ella estaba ahí en la misma estancia que él. Parecía una de esas pesadillas en donde él llegaba para echarle en cara su abandono y decirle que nunca permitiría que ella se acercara a su hija.

—Jasón—fue la única palabra que salió de su boca. Literalmente estaba sin habla, era un sentimiento raro, quería gritar de miedo, quería correr a sus brazos y comprobar que era él, y quería tantas cosas que para su desgracia la dejaron anclada al piso.

—Jasón...Jasón...Jasón... ¿Es lo único que tienes que decir, Maddi?—dijo mirándola directamente.

—Yo...

— ¿Tú, qué, Maddi?! ¡¡Han pasado nueve años!! Nueve malditos años en los que no te has dignado a llamarme para preguntar por tu hija, ¿Por qué te acuerdas que tienes una hija, o también se te olvidó, al igual que olvidaste a tu esposo?.

—No, claro que no se me olvidó y mucho menos se me olvidó como mi esposo estaba en la cama con otra mujer que no era yo— Madeleine rara vez alzaba el tono de voz, pero en ese instante tenía unas ganas locas de gritarle cuatro verdades a ese pelmazo que tenía por esposo—. Y he estado al pendiente de mi hija.

— ¿Sí? Y de qué manera si se puede saber, porque no te he visto en su primer día del colegio, tampoco en cada cumpleaños, o cuando se raspó la rodilla y lloraba para que su mamá se la curará. Tampoco te vi el día que llegó llorando del colegio porque le dijeron que era una niña huérfana. Y ya no hablemos del día de las madres, porque no vi tu presencia en ningún momento. Una llamada diaria a tu amiga para que te cuente como está la niña, no es estar al pendiente de tu hija.

Los ojos de Madeleine se comenzaron a llenar de lágrimas, lágrimas porque en cierta forma era verdad lo que él decía.

—No, Madeleine, no me vengas con lágrimas, llorando no solucionarás las cosas, ni el abandono de tu hija, ni el hecho de que nos dejaras sin mirar atrás.

—No fue así...

—¿Y cómo fue? Ilumíname, porque no lo comprendo.

—Si has venido aquí para decirme que soy la persona más mala del mundo, puedes irte—dijo dándose la vuelta para que no viera su sufrimiento—, yo misma me lo repito cada mañana frente al espejo.

—No, en realidad he vendido por un asunto de vital importancia, algo que debimos concluir años atrás.

Jasón dejó un sobre en el escritorio para que ella lo revisara. Se acercó a él como si fuera una bomba de relojería que le fuera a estallar en la cara, lo abrió con las manos temblorosas para ver cuál era el asunto que según su esposo debieron concluir años atrás.

Al sacar los papeles sintió que casi era mejor no haber abierto nunca ese sobre, la demanda de divorcio estaba frente a ella, con sus enorme letras rojas, y las negritas poniendo su nombre y el de Jasón, así que únicamente había ido a verla para pedirle el divorcio. Pero seguramente había un porqué detrás de aquella demanda.

—¿Por qué ahora?

—No es obvio, me he comprometido, y necesito estar libre para casarme con esa mujer.

«Necesitaba estar libre para casarse» esas palabras entraron en su mente atacando su corazón como miles de cuchillos afilados, ahora sí que era oficial que separarían sus vidas, incluso tenía planes para el futuro con otra persona.

—¿Y qué hay de la niña?—preguntó temerosa de que no la dejará tener un acercamiento con ella con el nuevo matrimonio. Seguramente Jasón llevaría a la niña a vivir con su nueva esposa y le daría hermanos con esa mujer desconocida a la que ya estaba comenzando a odiar.

—Si no has formado parte de su vida en estos años, dudo que quieras dejar tu mundo de glamour para ir a un rancho a ensuciarte de polvo. —alzó la mirada dolida para ver que en sus ojos estaba el reproche por el abandono. La odiaba, estaba segura de que la odiaba con toda su alma.

Capítulo 21

Todo seguía exactamente igual al día en el que salió de ese pueblo y comenzó a vivir un calvario, dejó su maleta en el andén de la terminal, esperando a que su amiga viniera a recogerla, la polvareda sobre el camino le indicó que alguien se acercaba, el corazón amenazaba con martillarle los oídos, lejos de lo que pensaba Jasón, Madeleine sí que dejó el mundo de lujos y glamour para regresar al Rancho El diamante. Miles de sentimientos se agolparon en su mente: el primer día que llegó, y como su vida fue dando un giro de ciento ochenta grados.

La camioneta de su amiga se paró frente a ella sacándola de sus pensamientos, casi tenía miedo de acercarse a ese lugar en que fue infeliz y tan feliz a la vez, Jasón le había dejado los papeles del divorcio para que ella los firmara; ella los iba a firmar al momento, pero él le dijo que los leyera y se los pasara a su abogado para que después no tuvieran problemas.

—Bienvenida de nuevo—dijo su amiga abriéndole la puerta del copiloto sentada aún en el lugar del conductor, esa mujer seguía igual a como la conoció años atrás, y aunque tenía mucha comunicación con ella no era lo mismo que verse frente a frente.

—Si llegas cinco minutos más tarde te juro que me subía al autobús de regreso.

—Pensé que estos años en la ciudad te habían quitado lo cobarde.

—Sabes que no me fui de aquí por cobarde, pero ha valido la pena, ellos son muy felices sin mí.

—No te creas, Jasón no lo pasó nada bien con tu partida. Pero esa historia no has querido escucharla así que no te la voy a contar ahora. ¿Estás segura de lo que vas hacer?

—En este momento no estoy segura de nada, no sé cómo se tomarán en el pueblo mi regreso.

—Pero esta vez has venido para quedarte, así que tienes que empezar porque te importe un comino lo que digan de ti en el pueblo, ya no eres la niña sin recursos, ahora, si quieres, puedes ir a la ciudad a por lo que te haga falta sin tener que rogar a ciertas víboras por una oportunidad. Por cierto, aún conservo ciertas joyas por si quieres recuperarlas.

Claro que quería recuperálas, en esos años se había olvidado por completo de ellas, pero ahora había regresado a recuperarlas, al igual que su vida, al igual que su familia.

—A eso he venido, a recuperar todo lo que me pertenece.

Decirlo era más fácil que hacerlo, dejó su maleta en la casa de Mary, que muy gustosa le prestó una habitación, por ese día descansaría todo lo que sus nervios le permitieran para, al día siguiente, comenzar a retomar lo que había dejado perdido.

Durmió muy poco, y en lo poco que conciliaba el sueño tenía pesadillas donde la echaban a patadas sin dejar que se acercara a su hija. Se levantó cuando apenas estaba despuntando el alba, tenía tantas cosas por hacer que el nerviosismo no la dejaba quedarse más tiempo en la cama.

Ayudó a su amiga en la cocina para preparar todo lo necesario para que la familia bajará a desayunar, en cuanto estuvieron todos sentados a la mesa se dio cuenta de que lo afortunada que era Mary, tenía a Carlos, su esposo, que la adoraba, dos hijos enormes que no parecían que aún fueran niños, y la más pequeña de todos, su hija Jessica.

Todos estaban contando sus actividades del día anterior mientras comían muy a gusto el desayuno ya preparados para salir al colegio, por un momento sintió una envidia enorme, pero era envidia de la buena, no de la que hace cometer atrocidades a otras personas. Madeleine deseó con todo su corazón poder solucionar su relación con su hija, tal vez con Jasón todo estuviera perdido, pero tenía la esperanza que con su hija las cosas serían de diferente manera, al ver a la hija de Mary se dio cuenta de que ella nunca había escuchado la voz de su hija, no conocía como era su sonrisa, o tal como Jasón le había echado en cara, nunca estuvo para limpiar sus lágrimas o velar sus sueños cuando estaba asustada. Se preguntaba constantemente si todo valía la pena, si el alejarse compensaba todo el sufrimiento, y se dio cuenta de que tal vez fue la inmadurez del momento o la cobardía que habitaba en ella las que la obligaron a tomar esa decisión, estaba claro que no estaba preparada para seguir al lado de su esposo. Aunque lo amara más que a nada en el mundo.

Se puso unos vaqueros y una blusa blanca que se anudó en la cintura, sus rubios rizos los ató en

una coleta alta, el calor era insoportable y de esa manera estaría más fresca. Su amiga le había prestado una de las camionetas que tenía para que pudiera trasladarse hasta el rancho, tomó el camino que llegaba hasta la entrada del rancho esperando no perderse, varios años habían pasado desde que había estado ahí. Pero el corazón amenazaba con latir desbocado como si fuera el día de ayer cuando salió de allí llorando por dejar lo más importante de su vida atrás.

Nunca se perdonaría haber perdido tanto tiempo, nunca recuperaría todo el tiempo que dejó pasar lejos de su hija, lejos de su esposo. Sí, esposo, porque aunque él le llevó los documentos para que los firmara ella se había negado hacerlo sin antes intentar siquiera recuperar el tiempo perdido. La puerta del rancho seguía siendo la misma de años atrás cuando había llegado acompañando a Jasón, el mismo lugar de donde los habían sacado a patadas. Estacionó la camioneta cerca de la entrada y descendió de ella, las manos le sudaban y por un momento le dieron ganas de retroceder, pero se obligó a mantener la calma y seguir adelante.

Los recuerdos de todo lo vivido la llevaron a pensar en el último día que pasó en ese rancho, y a recordar uno de los motivos que la habían decidido a alejarse para siempre, nunca quitaría de su mente la imagen de su esposo con esa mujer, esa mujer de la cual sabía perfectamente su identidad.

Los primeros días después de que se marchó prácticamente los pasó llorando y únicamente se daba fuerzas diciéndose que al día siguiente lo odiaría más que a nada en el mundo. Pero únicamente se engañaba a sí misma, aunque el consuelo de ese engaño le permitió vivir con una esperanza. Sabía que era una mentira, porque fue volver a tenerlo frente a ella para que las piernas prácticamente comenzaran a fallarle, el corazón amenazó con salirse de su cuerpo, tal vez no se saldría de su cuerpo pero si seguía latiendo de esa manera terminaría fulminada por un ataque cardíaco, igual que en ese momento.

El tiempo se detuvo para Madeleine cuando a través de la ventana vio una pequeña cabeza llena de rizos rubios que se asomaba para ver quien llegaba. Aún no lo podía creer, estaba frente a su

hija, estaba a punto de saludarla a través del cristal cuando la niña se retiró de pronto para dejar ver a su suegra asomarse por la ventana. Los ojos de la mujer que la había dañado en el pasado se abrieron por el asombro, parecía que acababa de ver a un fantasma, y tal vez para ella era de ese modo.

La puerta se abrió de golpe y Madeleine supo que tenía que estar en guardia, esa mujer la miraba con la misma mirada de hace años, como si supiera que venía de nuevo a causar problemas.

—¿Cómo se te ocurre volver a aparecer aquí de nuevo? —dijo Rebeca en cuanto estuvo frente a ella, claramente estaba a la defensiva y no era para menos, ahora que su adorado hijo se iba a casar con la mujer que ella había escogido no quería que nadie echara por tierra sus planes.

—Pero si está aquí mi querida suegrita, ¿este es el recibimiento que merece tu querida nuera?.

—No eres mi nuera, Jasón ha ido a dejarte los papeles del divorcio, en cuanto se deshaga de ti se casará con Becky, ella es la mujer que merece mi hijo, no una oportunista como tú.

—Cuide mucho sus palabras, para su información sigo siendo su nuera por mucho que me desprecie, y sobre mi cadáver esa Becky terminará siendo la esposa de Jasón.

—No te atrevas, firma los papeles y lárgate de aquí, nunca debiste haber vuelto.

—He venido a recuperar lo que es mío, y nadie, ni siquiera usted me lo va a impedir. —dijo dejándole ver que esta vez las reglas serían distintas, si esa mujer quería guerra; Madeleine sería la ganadora.

—Lárgate por dónde has llegado.

—No me iré de aquí hasta que no hable con Jasón, y dé gracias que no hablo con mi hija directamente. ¿A qué le tiene miedo, a que se entere su hijo que hizo todo lo posible por arruinarnos la vida?. ¿A que tuve que salir de este maldito lugar dejando lo que más amaba por su maldita culpa?.

—Con esa huida sólo demostraste que no eres la mujer adecuada para mi hijo, hasta una perra

defendería con uñas y dientes a sus hijos y jamás los abandonaría.

—Mida sus palabras, Rebeca. Puede que al final si me comporte como una perra y le dé un mordisco —dijo intentando contenerse, y no porque le debiera a esa mujer respeto, sino porque la imagen de su hija detrás de la ventana la hizo detenerse, para bien o para mal, era la familia que había cuidado y protegido de ella —. ¿Dónde está Jasón?

—En el norte. Pero no te atrevas a destruir su vida de nuevo.

—Me atrevo a lo que me da la gana, y usted no es nadie para decirme que debo de hacer. —
dejándola con la palabra en la boca, se dio la vuelta para ir a hablar con su esposo.

Pero antes dio un último vistazo a la ventana y ahí estaba mirándola de nuevo: su hija.

Capítulo 22

Su hija ahora tenía nueve años, y aunque no estaba en la adolescencia, ya no era una niña pequeña, en cuanto estuviera frente a ella estaba segura que buscaría explicaciones, pediría cuentas de todo lo sucedido. Y ahí era donde estaría el verdadero problema para Madeleine.

¿Cómo le explicas a una niña de nueve años que la abandonaste? ¿Cómo es posible explicar la cobardía, el dolor y la ira del momento? Definitivamente no tenía las explicaciones que su hija necesitaría. Pero ahora lo que necesitaba era saber cómo habían manejado la historia con ella, estaba segura de que Rebeca había tratado de ensuciar tanto su nombre que la niña la odiaría antes de conocerla o de darle una oportunidad, pero sabía que Jasón trataría de manejar la situación, tenía la esperanza de que por muy dolido que estuviera no iba a descargar su odio contra ella en la persona de su hija.

A lo lejos vio el enorme cercado donde las reses estaban pastando, Jasón miraba de cerca y parecía muy concentrado contándolas mientras otros dos vaqueros estaban ayudándole rodeándolas. Sabía que esa era la vida que él quería, para él únicamente existía el rancho, y nada fuera de él le interesaba. Pero sabía que ella no se había equivocado al amarlo, al parecer había hecho un trabajo excepcional cuidando la educación de su hija.

Él pareció sentir su mirada porque se giró en su dirección poniéndose tenso al instante. Todo el autocontrol y las respiraciones para calmar sus nervios se fueron al garete en cuanto ese hombre puso su mirada sobre ella, pero esa era la magia de él, poder hacer que ella sintiera emociones inimaginables sin siquiera ponerle una mano encima, o sin decir palabra alguna, es como si estuvieran conectados por un vínculo tan especial que romperlo sería algo imposible.

Madeleine lograría sentir su presencia incluso aunque estuviera con los ojos cerrados, suspiró caminando más cerca de donde él se encontraba y sonrió débilmente en cuanto estuvo frente a él.

—Hola —dijo mirando a todos lados tratando de no prestar atención a lo guapo que estaba, habían pasado los años y en él únicamente habían servido para acentuar una madurez y un atractivo que comenzaba a marearla.

—Supongo que has venido a dejar los papeles del divorcio. Pero no tenías que molestarte, con enviarlos por correo era más que suficiente.

Parecía que tenía muchas ganas de deshacerse de ella por su tono de voz, pero sus ojos decían cosas completamente diferentes.

—Veo que estas impaciente por comenzar tu nueva vida con Becky, descuida, te daré los papeles del divorcio, pero antes necesito recuperar a mi hija. —lo dijo de tal forma que parecía que estaba dando la hora o comentando que el calor era insoportable. Posiblemente nadie se daría cuenta de que estaban hablando de un tema tan importante, porque ninguno de los dos movía el gesto.

—¿Me estás diciendo que quieres recuperar a tu hija?. ¿A la misma hija a la que abandonaste y dejaste en casa de una desconocida?.

—No era una desconocida, y si la dejé ahí fue porque tú estabas muy ocupado acariciando la espalda de Becky en un catre de la cantina. Pero que puedo esperar de una mujer como ella.

—Si vas a insultar a mi futura esposa te sugiero que no lo hagas. —la luz resplandeciente del sol, no le permitía ver bien su rostro, pero por el tono de voz estaba segura de que estaba a punto de pegarle cuatro gritos.

—Vaya, la defiendes como si no fuera la zorra con la que me fuiste infiel. Una maldita discusión y saliste corriendo a sus brazos.

—Y tú, Madeleine, una maldita discusión y saliste corriendo a tu ciudad llena de lujos, ella ha demostrado ser mejor madre que tú, no entiendo como tienes el valor de estar aquí.

—No vengo a discutir si es mejor o peor madre, únicamente vengo a recuperar a mi hija, en lo que

a mí respecta te puedes casar con esa zorra y tener miles de hijos. Pero a la mía me la llevo conmigo.

—Sigue soñando, Madeleine —él dio un paso amenazante mientras apretaba las manos seguramente para no darle un golpe. Pero, aunque para cualquier persona parecería un hombre amenazante, para ella no suponía ningún peligro, sabía que no era capaz de dañarla —, no hay ninguna posibilidad de que recuperes a tu hija. Lamento decirte que aún no existe una máquina para regresar el tiempo.

—Voy a recuperarla—dijo de manera determinante—, ahora dime si lo haremos por las buenas o por las malas.

—Únicamente hay una manera para que puedas recuperar a Katherine.

—Estoy dispuesta hacer lo que sea necesario para recuperarla. —tal vez su voz sonaba incluso temerosa, Madeleine no quería bajar la guardia, pero si ese era el pago para poder ver a su hija estaba dispuesta a pagarlo.

—Muy bien, te espero con todas tus cosas en dos horas en la cabaña del capataz. ¿O es que ya no recuerdas cual era nuestro nidito de amor?.

Sin decir una palabra más se dio la vuelta dejándola ahí parada sin saber qué hacer, lo vio subirse a un hermoso caballo castaño que no era su caballo de siempre, le dio instrucciones a los peones que estaban con el ganado y salió cabalgando como si la vida se le fuera en ello.

A Madeleine no le quedó otra que hacer lo mismo, salir de ahí y conducir como si la persiguiera el diablo para salir lo antes posible del rancho y llegar al pueblo.

Su amiga no estaba muy convencida de lo que tenía que hacer, o de los planes de Jasón, aun así le dijo que si necesitaba cualquier cosa no dudara en llamarla, que ella acudiría a su encuentro. Madeleine pensaba que estaba prácticamente en el mismo punto de partida que diez años atrás.

Capítulo 23

Madeleine podría jurar que el día anterior había salido por esa puerta cargando su pequeña maleta y llorando a lágrima viva, en ese momento quería dejar de sentir tanto dolor, todos sus sueños estaban destruidos, y aunque en cierta forma fue un aliciente para que su carácter se formara, aún estaba en su corazón clavada la espina de aquella infidelidad.

Abrió la puerta para ver la casa, parecía que nadie vivía ahí, — a simple vista eso le pareció—, aunque en la esquina donde colgaban su ropa en el tiempo que vivió ahí, estaban colgadas un par de camisas, el pequeño cuarto estaba limpio, como si alguien se ocupara de él, la cocina únicamente había cambiado en la estufa, era del mismo modelo pero más nueva, algunas sartenes nuevas colgaban de la pared, y una pequeña nevera estaba en una esquina remplazando la nevera que les había prestado el amigo de Jasón.

Cómo ignorar todos los momentos de felicidad que pasó en ese lugar, esas eran todas sus posesiones con las que vivió cerca de un año, y dentro de su corazón sabía que no cambiaría por nada ese año junto al amor de su vida.

Junto a la cama estaba una mesilla de noche donde descansaba una vieja lámpara, también había un libro junto a la lámpara, Madeleine lo tomó para ver de que trataba y sonrió con ternura al ver que era un libro para padres y trataba especialmente la transición de los niños a la adolescencia, eso quería decir que alguien estaba leyéndolo, abrió sus páginas para ver que en las orillas había varias anotaciones como «debo interesarme por los problemas de Katherine» o «es necesario que tenga su intimidad» otras le hicieron reír «no estoy preparado para hablar de sexualidad» no se dio cuenta de que con cada sonrisa iba soltando una lágrima. Ella también debería estar leyendo ese libro, ella también debería de estar pasando por esas dudas, sin embargo, había decidido no formar parte de toda esa historia. Abrió uno de los cajones de la mesilla y se encontró con unas fotografías que le robaron el alma, Mary le enviaba fotos que sólo Dios sabía cómo las obtenía,

pero esos eran momentos únicos, acarició con ternura la foto donde su hija se atrapaba el piececito y lo chupaba, otra donde estaba en brazos de Jasón, que posaba sonriente para la cámara, siguió pasando las fotos y se dio cuenta de todos los momentos que se había perdido, esperaba con todo el corazón que no fuera demasiado tarde para comenzar de nuevo.

No tenía ni idea del tiempo que había pasado, pero se comenzó a preocupar de que Jasón le hubiera jugado una broma pesada. Su amiga la había llevado hasta la vieja cabaña del capataz, y aunque le dijo que no importaba la hora que si la necesitaba que la llamara, no estaba segura de querer que su amiga o su esposo condujeran hasta ese lugar para rescatarla, no, ya les debía mucho a ellos como para molestarlos con otro problema.

Revisó la pequeña alacena y se dio cuenta de que había todo lo necesario para preparar café, en ese momento necesitaba tomar algo con urgencia, una infusión de tila le caería de maravilla para sosegar sus nervios, pero se conformaría con un café. Estaba sentada en la cama leyendo el libro que Jasón había dejado cuando escuchó que llegaba una camioneta. Su corazón comenzó a latir desbocado, ¿vendría su hija con él? ¿Qué le había dicho acerca de ella? de pronto la comenzó a invadir de nuevo el pánico, ¿y si su hija no la quería?, ¿y si le decía que regresara a la ciudad?.

Jasón abrió la puerta de la casa entrando completamente sólo, la decepción fue tan grande que se vio reflejada en sus ojos.

—No esperarías que la trajera sin antes hablar contigo. Necesito saber cuáles son tus intenciones.

—Solo quiero conocerla y recuperar el tiempo perdido.

—¿Y estás dispuesta a dejar tu vida en la ciudad, estas dispuesta a dejar de jugar a vestir muñecas para cuidar de tu hija?. Ella no se repondrá si vuelves a abandonarla de nuevo.

—No puedes pedirme que renuncie a todo, Jasón, mi vida está en la ciudad, mi trabajo está en la ciudad, y mi casa está allá.

— ¡Tu vida estaba aquí, tu familia estaba aquí, y tu casa estaba aquí, pero decidiste dejarnos! —

dijo él sobresaltándola, en su mirada vio que estaba dolido, y comprendió que para él tampoco era fácil encontrarse de pronto abandonado por su esposa con una niña pequeña.

—Las circunstancias me obligaron a marcharme, a parte de tu infidelidad.

—¿Las circunstancias? ¿Cuáles, Maddi? El no tener un empleo le puede pasar a cualquiera, era cuestión de tiempo, juntos lo hubiéramos logrado, pero decidiste abandonar el barco antes de que se hundiera. ¿Infidelidad? No sabes las maneras que la gente tiene para manipular las historias, nunca me acosté con Becky, todo fue un engaño, estaba completamente borracho, pero claro, antes de pedirme una explicación te largaste sin más.

—Tú tampoco fuiste por mí—gritó sin poder contenerse, en esos nueve años lo único que añoraba era que él se presentara en la puerta de su casa a llevarla de nuevo a donde pertenecía.

— ¿Para qué? Para que me restregaras en la cara que tenías dinero, que no soportabas la vida de miseria que te daba yo, no, Maddi, simplemente nunca tuve el valor para soportar todas esas verdades a la cara.

—Tus padres tuvieron mucho que ver para que me marchara de aquí. Ya te contó tú madre como vino a ofrecerme dinero para que me largara, o para que abortara o diera en adopción a la niña. Te contó que me obligó a suplicarle de rodillas que atendieran a mi hija en la clínica del pueblo, ¿no, verdad?, tampoco te dijo que tu adorada Becky era su cómplice, de hecho, el médico me dijo que lo mejor era me largara de este maldito pueblo antes de que el poder de tus padres nos destruyera.

—Eso no es cierto—dijo incrédulo, y Madeleine sintió que en ese aspecto no tenía nada que hacer, para él siempre serían sus padres y jamás los miraría con malos ojos.

—Incluso ahora que te estoy diciendo la verdad no puedes creer en mí.

—Perdona si no tengo mucha confianza en la mujer que me abandonó.

Nunca en su vida estuvo más decepcionada como en ese momento, quería creer que había una esperanza, pero tal vez esa guerra estaba perdida años atrás.

—Supongo entonces que no tengo nada que hacer aquí, le crees más a esa mujerzuela que únicamente ha querido separarnos, y a tu madre que me hizo la vida imposible, ¿por qué no preguntas en el pueblo como me trataban, o si me dejaban entrar en las tiendas? ¿O como el médico se negó a atenderme y tuvimos que traer a la partera del pueblo vecino?. Sí, ¿no creerás que de verdad era la mejor y por eso viajaba tanto, no?, era porque tus malditos padres prohibieron al médico y a la curandera de este pueblo que nos ayudaran. Pero de nada sirve que te diga esto si mis palabras se las llevará el viento.

Tomó su maleta y estaba a punto de salir de la casa, cuando Jasón la detuvo sujetándola por el brazo.

—¿Esas son las ganas que tenías de recuperar tu familia?, ¿así es como quieres que le diga a mi hija que de la nada su madre ha decidido volver?.

—No quiero seguir peleando, tú seguirás creyendo en tus padres, y yo puedo pedir a un abogado que me haga un acuerdo de visitas para ver a la niña.

—Así nada más, no, Madeleine, de aquí no vas a salir hasta que no aclaremos todo de una vez por todas.

— ¿Qué quieres decir?

—Que no te puedes presentar de la noche a la mañana diciendo que quieres recuperar a tu familia y a la primera de cambio salir huyendo como siempre haces, esta vez, Maddi, tienes que pelear por lo que te corresponde. Como debiste hacer hace nueve malditos años.

Capítulo 24

Pero para su mala suerte ella no tenía la más mínima idea de cómo luchar, por momentos creía que no tenía ni fuerzas para eso.

—¿Y cómo se supone que debo luchar?, tal vez lo más conveniente sea un acuerdo frente a abogados. —dijo caminando con dirección a la cocina mientras Jasón la seguía como si fuera un león a punto de atacar. Incluso había dejado su maleta en la entrada de la puerta al verle acercarse.

—Sí, y también agendarás citas en tu apretada agenda en el mundo de los trapos esos para verme a mí. —Madeleine únicamente pensaba que no era justo que estuviera tan guapo, era como si con tan sólo con mirarla le convirtiera las piernas en gelatina.

—¿Y qué dirá Becky de que quieres que te agende una cita, acaso tu prometida no se enfadará por eso?.

—No debes preocuparte por ella, ese asunto quedará solucionado.

¿Qué demonios quería decir con eso? Trataba de encontrar una salida para alejarse de ese hombre que claramente era un peligro para su bienestar mental y físico, pero por más que buscó en la reducida casa, no encontró nada. Jasón estaba demasiado cerca de ella y cuando su espalda tocó la fría pared supo que estaba perdida, tenía una debilidad enorme con ese hombre, tanto que nunca fue capaz de encontrar a otra persona que le hiciera sentir el mismo deseo o la misma locura desenfrenada. Lo había intentado un par de veces, pero el simple hecho de compartir intimidad con otro hombre que no fuera su esposo le provocaba náuseas.

—No te acerques más, por favor. —suplicó, aunque no de manera muy convincente. Parecía que estaba deseosa de que la tomara entre sus brazos y la hiciera olvidarse de todos los años de soledad que había pasado.

— ¿Por qué no? Pareciera que me tienes miedo. —el rostro de él estaba tan cerca del de ella que incluso sentía el aliento fresco rozar el lóbulo de su oreja.

—Esto no puede estar bien cuando tú estás comprometido con otra mujer.

Hubiera parecido convincente si sus labios no se hubieran acercado a los de Jasón como si de un sediento se tratara, el paso de los años únicamente les había hecho dejar el deseo y el anhelo contenido escondido en un rincón a la espera de estar juntos.

La sensación de estar entre sus brazos no se comparaba con nada, muchas personas decían que estar con la persona amada era igual a estar en el cielo, pero no, definitivamente no era igual, era algo superior. Su cuerpo estaba ansioso por ser tocado y en ese mismo instante le importaba menos que un comino que él fuera un hombre comprometido con otra mujer.

Las manos de ella se atrevieron a deslizarse por la espalda de él, ¡¡Dios, cuánto lo había echado de menos!! Él gimió en respuesta a su movimiento y eso le alentó para volverse más osada y comenzar a desabotonar su camisa sin dejar de besarle.

—Maddi—escuchar el apelativo cariñoso con el que se dirigía a ella, provocó que miles de estremecimientos recorrieran su piel —dime que no volverás a irte. Promételo.

Tan absorta estaba sumida en las sensaciones que le provocaba, que no pudo resistirse y se dio cuenta en ese mismo instante de que no había poder humano que hiciera que se le alejara de ellos, su vida profesional tenía que tener unos pequeños cambios, pero en ese momentos no estaba demasiado consciente como para pensar en los detalles, únicamente quería que nada la separara de él.

Jasón la tomó en brazos para llevarla hasta la pequeña cama, aquella cama que muchas noches fue su refugio para amarse. La noche les sorprendió enredados entre las frías sábanas que los cubrían, ninguno de los dos quería hacer algún comentario que arruinara la noche, Madeleine suspiró pensando en lo que había hecho, unas simples miradas, unas simples palabras y ella había

terminado en sus brazos haciendo el amor como si fuera la última vez que estuvieran juntos.

— ¿Qué estamos haciendo, Jasón? —preguntó mientras él acariciaba su espalda justo como años atrás lo había hecho.

—Nada de lo que debamos arrepentirnos, aunque esto me recuerda otro asunto, ¿has firmado los papeles?

—No—dijo sin explicarle que ni siquiera contempló la posibilidad, de hecho, los había roto en cuanto él había salido por la puerta.

—Entonces sigues atada a mí de por vida.

—No creo que a Becky le guste la idea, es más, estoy segura que se pondrá furiosa. Y tu madre, no quiero ni pensar en lo que pasará con ellas, sin contar en lo que Katherine pensará de mí.

—Nunca me he atrevido a hablar mal de ti frente a ella, al final era lo único bueno que había salido de esta relación, y te estaba muy agradecido por haberme dado una hija tan hermosa. Pero no dudes que tu abandono me dolió muchos años.

—Pero comenzaste a salir con Becky. ¡Incluso te comprometiste!

—No sé en que estaba pensando, cuando me quedé solo ella fue la primera en tenderme una mano, me ayudaba con la niña, y siempre estaba con mi madre para lo que se necesitara, pero creo que comencé algo con ella más por compromiso que por algo sentimental.

— ¿Y qué vas hacer?

—Tú eras mi último recurso para que me rescataras. Por eso fui a verte y te llevé los papeles, tenía la pequeña esperanza de que si me amabas, aunque fuera un poco, regresarías por mí.

—Entonces me has utilizado para tus planes maquiavélicos. —dijo aparentando estar enojada, pero después de un minuto no pudo evitar darle un beso en los labios, claro que lo amaba y si no se lo había demostrado yendo a recuperarlos entonces ella se encargaría de que le quedara bien

clarito.

Después de una noche fantástica, estaba que se comía las uñas de los nervios, Jasón le dijo que llevaría a la niña hasta la pequeña casita y que pasarían el día juntos como una familia, pero Madeleine tenía miedo al rechazo de su hija.

En cuanto escuchó el sonido del coche de Jasón estacionarse, se paró junto a la puerta para esperarlos, quitó una pelusa imaginaria de su blusa, se había puesto unos vaqueros ajustados, y una blusa de tirantes color rosa, era un atuendo sencillo y en ese momento se arrepintió de no ponerse algo más adecuado para infundirse valor.

Jasón entró sonriendo dándole un beso en los labios, y detrás de él venía su hija, la cual se quedó parada en seco cuando la vio frente a ella. Prácticamente fue el minuto más largo de su vida, era como si el tiempo se hubiera detenido. La pequeña niña de rizos rubios y ojos color azul la miraba detrás de su padre, a pesar de ser una niña que estaba próxima a cambiar a la adolescencia, se veía claramente ansiosa y temerosa.

—Maddi, como te prometí aquí esta Katherine.

—Hola. —posiblemente no era la reacción que esperaba para el primer encuentro con su hija pero los nervios la estaban destrozando.

— ¿Tú eres mi madre?

—Al parecer, sí. —dijo haciendo una mueca en un amago de sonreír.

La niña se acercó hasta ella para rodearla en un abrazo que a Madeleine se le figuró igual a estar en el paraíso, no pudo evitar soltar unas lágrimas por todo el tiempo perdido, es que había sido muy tonta, hasta cierto punto la maldita de su suegra tenía razón, no tenía perdón por haberlos abandonado.

—Perdóname, perdóname por no haber estado aquí—dijo estrechando más fuerte a su hija como si tuviera miedo de que de un momento a otro desapareciera para siempre.

El aroma a lavanda inundó sus sentidos disfrutando de su contacto, era el mejor aroma del mundo, el aroma de su hija. Después de lo que pareció una eternidad la soltó de entre sus brazos y se sentaron juntas en la cama bajo la atenta mirada de Jasón, aún no lo creía posible, no creía que estuvieran ahí las dos personas más importantes del mundo y que la perdonaran tan fácilmente, era un sueño hecho realidad, y no estaba dispuesta a dejar que nadie se lo arrebatara.

Trató de explicar de manera sencilla los motivos por los que se alejó de ellos, esperaba que la comprendiera y no la juzgara, al parecer su hija aceptaba sus razones pero en su mirada vio que necesitaba tiempo para aceptar los cambios, por ser el primer día se quedaron los tres en la pequeña casa y charlaron de sus vidas para tratar de ponerse al corriente, Jasón fue a comprar comida para todos y mientras estuvieron solas fue un momento incómodo, ninguna de las dos estaba acostumbrada a ese tipo de relación y necesitaban acoplarse a sus vidas.

Después pasearon por los alrededores y Katherine, emocionada, le contaba todas las actividades donde ella ayudaba a su padre, Madeleine miraba con emoción como su hija había crecido como una excelente niña y sin una madre que estuviera a su lado, eso le confirmó que Jasón era el mejor padre que su hija pudiera tener.

Capítulo 25

Aunque durmieron incómodos, para Madeleine fue la noche más especial de su vida, únicamente le quitaba el brillo a ese momento el hecho de que Jasón hablaría ese día con su madre y con Becky, estaban pensando en ir al pueblo para ver una casa que estaba en venta, de esa manera a Jasón no le costaría ir al rancho y vivirían los tres juntos, aunque cuando Madeleine tuviera que ir a la ciudad por trabajo lo más probable es que su hija se quedaría en el rancho con su abuela.

Esa opción no le agradaba mucho, pero era consciente de que no podía irrumpir en la vida de los demás y tenía que dejarlos ir a su aire, mucho habían hecho ya aceptándola, y tomando la decisión de vivir a su lado.

Estaba tan nerviosa por lo que sucedería que no le quedó más opción que ir a casa de su amiga para hablar con ella para ver si de esa forma calmaba sus nervios. Su amiga la invitó a desayunar y comentaron los nuevos cambios que estaban planeando realizar, se alegró mucho por que de esa manera también retomarían su amistad. Después de charlar durante varias horas decidió que era hora de volver a la casa, necesitaba averiguar cómo le había ido a Jasón con su madre, Becky le importaba menos que un comino, así que por ella podía irse al quinto infierno, aún tenía pendiente aclarar lo de aquella noche en la cantina del pueblo.

Llegó a la casa y todo estaba en completo silencio, así que entró y decidió cocinar una rica cena para cuando llegaran, las horas se hicieron eternas y no llegaban, se comenzó a impacientar. Pero se obligó a mantener la calma, seguro que algo urgente los había retenido.

Cuando escuchó el sonido de una camioneta estacionarse suspiró de alivio. Jasón entró unos minutos después, pero sin su hija.

— ¿Y Katherine? ¿Por qué no ha venido contigo?

—Se ha quedado en casa con mi madre, estará más cómoda que durmiendo con nosotros en la misma cama —se acercó a ella como devorándola con la mirada—, de esa manera tendremos

intimidad.

En cuanto estuvo cerca de ella la envolvió entre sus brazos, pero Madeleine se tensó en cuanto vio que tenía dos arañazos en el cuello. —¿Qué te ha sucedido?

Jasón se retiró un poco para ver de que hablaba.

—Ah, eso, Becky no se ha tomado muy bien nuestros planes.

Parecía que le había atacado con saña, como esa mujer se atravesara en su camino tenía las horas contadas.

—¿Qué te ha dicho?

—Lo que ya me imaginaba, me ha reclamado y ha tratado de hacerme chantaje emocional diciendo que se ha dedicado a mi hija, primero se ha puesto a llorar como una Magdalena, pero en el último momento al ver que no le funcionaba su chantaje, me ha atacado.

—¿No será peligrosa para nosotros?.

—No lo creo, es más un berrinche que otra cosa, Becky puede ser de todo menos peligrosa.

Sabía que Jasón únicamente le decía eso para que no se preocupara, pero estaba claro que ella sí que la consideraba peligrosa. —¿Y tu madre que ha dicho?.

—Ha negado todo lo que me has dicho, pero pude ver en sus ojos que mentía. De cualquier manera, sigue sin aprobar nuestra relación, pero esta vez no habrá quien nos separe, ¿verdad? Esta vez no saldrás corriendo.

—No, ya pueden negarme el paso a todos los lugares que me puedo ir a la ciudad a comprar lo que necesite.

—Lamento no haberme enterado de todo lo que sucedía antes, vivía tratando de recuperar el lugar que me correspondía por derecho sin pensar en lo que tú estabas pasando.

—Yo también tuve la culpa por no tener el valor de contarte la situación, quería ayudarte a

solucionarlo.

—Eso me recuerda que tengo que devolverte algo. — sacó del bolsillo del pantalón una bolsita de terciopelo que ella conocía muy bien, eran las joyas que ella le había vendido a Mary.

— ¿Cómo sabías quien las tenía?

—Me lo dijo una vez que intentó abrirme los ojos sobre la situación, pero ahora que estas aquí he pensado que querías recupéralas.

Le dio un beso en los labios que poco a poco se fue convirtiendo en más intenso, era increíble que estuvieran así, juntos, tratando de construir un futuro nuevo. Aunque Madeleine tenía el presentimiento de que esas mujeres únicamente causarían problemas.

Pasaron las semanas, pero ya no soportaban el hecho de no estar juntos, Jasón trabajaba hasta bien entrada la tarde y únicamente llevaba a su hija por la mañana, a la hora de la comida la regresaba a casa de sus padres y después volvía al trabajo hasta entrada la noche. Eso sí, dormían juntos y no había día en que no le demostrara cuanto la quería, haciéndole el amor durante horas.

Fueron a ver la casa que estaba en venta y, efectivamente, estaba muy cerca del pueblo y del rancho. Así que no se lo pensaron más y la compraron. Madeleine tenía dinero ahorrado, durante esos nueve años únicamente se había puesto a recaudar dinero de todos sus diseños, así que tenía el capital suficiente para dar la entrada de la casa. Habló con la inmobiliaria y dejaron el apartamento que había comprado en la ciudad como garantía y adelanto de pago, ese apartamento que ocupó pocos días porque apareció Jasón y dejó todo para correr detrás de él.

Lo único malo fue que a Jasón no le había hecho mucha gracia que ella pagará la casa, esa noche discutieron por ese asunto pero lo solucionaron como dos personas adultas y civilizadas, o lo que es lo mismo: tuvieron sexo desenfrenado.

Por suerte, la vivienda estaba deshabitada y pudieron comenzar con la mudanza lo antes posible, habló con su abuela para que le ayudara a enviarle muebles para decorarla. Mary se ofreció y

juntas fueron hasta la ciudad a comprar lo más indispensable, años atrás era impensable salir del pueblo y comprar en otro lugar por el hecho de que no había carreteras que conectaran y tenían que hacer un trayecto bastante largo, pero ahora la situación era distinta. Prácticamente estaba todo al alcance de su mano.

Estaba esperando a que llegaran los señores de la mudanza dentro de la casa cuando escuchó un ruido en la parte de atrás, la casa era enorme, tenía dos pisos con cinco habitaciones, un enorme salón comedor y una cocina demasiado amplia. En la parte trasera había un precioso jardín, así que supuso que el ruido era de algún pájaro o algún animal que estaba habitando su casa. Siguió colocando las cortinas en las ventanas sintiendo que alguien la observaba, así que bajó del taburete donde estaba subida y salió al patio, aunque no se veía nada a simple vista, ella podría jurar que alguien la estaba observando. Dio la vuelta para regresar dentro y dio un grito ahogado cuando se dio cuenta de que Jasón estaba detrás de ella.

— ¡Por Dios, me has dado un susto de muerte! —dijo entrando en la casa, dejando a Jasón sorprendido.

— ¿Qué sucede, parece que has visto a un fantasma?

—Nada, ha sido una sensación extraña, es como si alguien me estuviera vigilando mientras colgaba las cortinas.

Jasón la atrajo entre sus brazos para consolarla, no sabía por qué pero estaba de los nervios, tal vez era una tontería, tal vez fuera un animal que estaba vagando por ahí, pero ella sentía que alguien de verdad estaba vigilando sus pasos.

—Ven, cielo, para que te quedes más tranquila vamos a revisar la casa.

—Estamos seguros aquí, ¿verdad?. —realmente el ruido la había dejado descolocada.

Revisaron la casa, pero nada, buscaron en todos los rincones y no encontraron nada, salieron al jardín trasero pensando que tal vez algún animal andaba cerca, pero tampoco vieron nada.

Madeleine trató de sonreír pensando que tal vez se estaba volviendo paranoica.

Capítulo 26

Después de la mudanza las cosas cambiaron bastante, ahora tenía más responsabilidades, gracias a su mano derecha, estaba comenzando a trabajar desde casa, era algo temporal, pero necesitaba tomarse ese tiempo sin aparecer por su oficina. Miranda, que era como se llamaba la chica que era la segunda al mando, le estaba facilitando demasiado la vida. Por las mañanas tenía que llevar a Katherine al colegio, para después llegar y realizar algunas tareas en la casa, estaba pensando en contratar alguien que la ayudara en las labores del hogar mientras ella trabajaba.

Había acondicionado en una de las habitaciones un estudio para trabajar sin presiones y sin nadie que la molestara, pero ella trataba de ocupar el tiempo en lo que su hija estaba en la escuela y Jasón en el rancho. Ese día estaba siendo complicado, una novia había encargado un diseño especial y no le gustaba ninguno de los que Miranda le había presentado de la colección más actual, de manera que tenía que encerrarse a trabajar, también tenía un problema con las telas que llegarían en un embarque y se habían retrasado por problemas de aduana y los encargados no le daban respuesta. Así que esa tarde le tocaría realizar varias llamadas para ver si lograba solucionar algo.

Jasón le dijo que ese día no iría a comer y que él se encargaría de recoger a su hija del colegio y la llevaría a casa de su amiga Mary para que jugara con su hija Jessica. Así que suspiró de alivio sentándose frente al ordenador, comenzando a ver el problema del vestido que no encajaba en los gustos de la novia. Sabía que una boda era especial para las mujeres por eso trataba de que los vestidos que diseñaba fueran un sueño hecho realidad, pero esta clienta era especialmente difícil.

Se estaba tomando su taza de café cuando escuchó un crujido en uno de los escalones que daban a las habitaciones donde ella se encontraba. Fue un sonido leve, pero fue muy claro para ella.

Pensando que tal vez estaba volviéndose loca, volvió a escuchar el sonido y se dijo que debía estar alerta, estaba segura que alguien había entrado a su casa. Y no creía que fuera Jasón porque

tenía llaves y por lo regular llegaba provocando un escándalo, así que era otra persona. Se levantó de la silla tratando de hacer el menor ruido posible y se acercó a la puerta, buscó con la mirada las posibles rutas de escape pero nunca se le ocurrió dejar alguna.

Por precaución tomó una estatuilla de mármol que tenía función de pisapapeles escondiéndola en la espalda. En cuanto vio quienes eran las intrusas supo que no se había equivocado al decir que causarían problemas.

—Vaya, mi querida nuera no tiene modales, esa es la forma de recibir a una visita—tal vez si su suegra no estuviera apuntándole directo al rostro con una pistola esa situación sería catalogada como una visita de cortesía—, acércate Becky, vamos a darle la bienvenida al pueblo a esta mujerzuela.

Becky se acercó a ellas rodeando a Madeleine, ambas tenían en la mirada el odio que sentían por ella, y sabía que si no pedía ayuda esas mujeres eran capaces de todo.

—Al parecer te damos miedo, Maddi. —dijo la lunática de Becky tomándola desprevenida para arrebatarle la estatuilla, estaba claro que nunca había sido muy espabilada en el asunto de defensa personal. Su suegra seguía apuntándole sin quitarle el ojo de encima.

— ¿Qué pretendéis hacer? —aunque estaba muerta de miedo necesitaba ganar tiempo para que alguien llegara a rescatarla, o para tener tiempo de buscar una manera de pedir ayuda.

—Oh, sencillo, dejaremos una nota donde digas que los abandonas de nuevo, el resto déjanoslo a nosotras, querida. Lo único que te puedo decir es que nunca van a encontrar tu cadáver.

La mirada de aquellas mujeres mientras reían al ver su miedo, le puso los pelos de punta, estaban locas y seguramente no les importaba nada que al cometer un delito fueran a dar con sus huesos a la cárcel.

—¿Acaso pensabas que podías aparecer de la nada y quedarte con todo?—Becky sonreía como desquiciada—, Jasón es mío, estúpida, si pensabas que me lo ibas a quitar está equivocada, ¡antes

te mato!

Sabía que lo decía en serio, le dieron un papel y un bolígrafo y apuntándole constantemente con la pistola le dijeron que es lo que tenía que escribir, eran tan retorcidas que nunca se imaginó que llegaran a tanto.

—Ahora deja la nota en la mesa y camina despacio. —dijo su suegra empujándola con la pistola para que caminara detrás de Becky.

Eso le dio una esperanza porque Becky no estaba armada, así que sería fácil empujarla por la escalera, claro que si lo hacía se arriesgaba que su suegra le disparará y si no hería lo suficiente a esa mujer, después su final sería inminente porque esas dos desquiciadas no dejarían que ella se libraría tan fácil, pero era su última oportunidad e iba a intentar todo lo que fuera necesario.

No dijo nada, únicamente comenzó a caminar y en cuanto estuvo en el filo de lo más alto de la escalera no perdió oportunidad alguna y empujó con todas sus fuerzas a Becky que rodó dando un grito de dolor, pero ella no se detuvo a ver que sucedía, se dio la vuelta y trató de arrebatarse la pistola a su suegra, forcejearon sin que ninguna de las dos cediera, y para la edad de su suegra, vaya fuerza tenía. Su suegra le propinó un golpe en el estómago que casi la dejó sin aliento, eso la enfureció tanto que la agarró del pelo, haciéndola gritar de dolor.

— ¡Maldita zorra, no te vas a quedar con mi hijo!

Madeleine trataba de alejarla de ella, su suegra bajó el brazo donde tenía la pistola poniéndola a la altura de su estómago, Madeleine trató de empujar todo lo que pudo y de evitar que ocurriera una desgracia, pero ninguno de sus esfuerzos surtió efecto, el sonido del disparo inundó el ambiente y una de las dos había estado herida.

Todo pasó en un segundo, Madeleine vio como el cuerpo de su suegra caía por las escaleras con los ojos muy abiertos, mientras la sangre comenzaba a manchar su blusa. La pistola estaba tirada

en el suelo, seguro que después del disparo la había soltado.

No esperó a que ninguna de las dos mujeres que estaban tendidas en el suelo del recibidor de su casa se levantara, salió corriendo como si la persiguiera el demonio y corrió las millas que la llevaban a la parte más céntrica del pueblo. Al ver que su blusa estaba manchada también de sangre la gente comenzó a especular mientras ella corría hasta donde estaba la estación de policía.

Por suerte ellos la ayudaron a calmarse y dijeron que llamarían a Jasón, en cuanto se vio a salvo comenzó a tener una crisis nerviosa, gritando que las había matado, por su mente pasó que ahora que había recuperado a su familia lo más probable es que la condenaran por defenderse. Jasón y su hija la odiarían por matar a Rebeca. Pensando en eso se puso a llorar sin que nadie pudiera hacer nada para que se calmara, hasta que comenzó a sentir que el aire le faltaba y todo comenzaba a nublarse frente a ella.

Escuchó como las personas gritaban yendo de un lado a otro, pero la neblina se comenzó a hacer más espesa dejándola sumida en ella, sin saber nada de lo que ocurría a su alrededor.

Capítulo 27

Abrió los ojos para ver que estaba en una habitación completamente blanca, la luz que se filtraba por la ventana le molestaba, trató de levantarse para cerrar las cortinas, pero algo se lo impedía, tenía unas esposas que la dejaban atada a la cama. No lo podía creer, todos los recuerdos acudieron su mente y una lágrima rodó por su mejilla pensando que ahora sí estaba en problemas. La puerta de su habitación se abrió y entró una enfermera.

—Por fin está con nosotros.

—¿Qué ha pasado?

—Ha tenido un colapso nervioso, pero supongo que es normal después de lo que sucedió.

—¿Por qué estoy esposada?

—Rebeca Daniells ha muerto en el quirófano, al parecer la bala había afectado órganos vitales. Y hasta que no se le tomó declaración y esclarezcan el asunto tendrá que permanecer esposada.

—¿Becky está bien?

—Con una fractura de nada, está detenida también, pero no te preocupes que de esta no se salva, algo nos decía que no era trigo limpio.

Suspiró cerrando los ojos, tenía que llamar a su abuela para que la ayudara.

—Puedo hacer una llamada, por favor.

—Después de que venga el doctor le permitirán hacer una llamada para que informe a sus familiares. Les hubiéramos llamado nosotros, pero no teníamos ningún registro de sus datos.

Esperó a que llegara el doctor que le dijo que tenía dada el alta y que en cuanto llegará la policía ellos decidirían que hacer con ella. Llamó a su abuela que le dijo que le enviaría a uno de sus abogados, y aunque tuviera que llegar en helicóptero estaría allí en un par de horas.

Pero eso no evitó que la policía llegara y se la llevara esposada hasta la comisaría, únicamente dejaron que una enfermera la ayudara a ponerse su ropa, casi le da un infarto al ver la blusa manchada de sangre.

La dejaron en una celda fría y oscura a la espera de que llegara su abogado, estaba temblando literalmente ya que uno de los policías que la había trasladado a la celda le había dicho que lo mejor era que se declara culpable, en ese pueblo buscarían tomarse la venganza por su propia mano ya que la señora Daniells era un icono del pueblo.

Eso la dejó sin palabras, entonces ahora tenía que parecer que ella era la mala para que el pueblo pudiera tener a la mujer que la había intentado matar como si fuera una heroína. Y si a eso le sumaba que Jasón no se había pasado por el hospital para saber cómo estaba fue imposible que las lágrimas no inundaran su rostro, por primera vez en la vida sentía que lo había perdido todo y que aparte estaba sola, completamente sola.

Después de una eternidad llegó el abogado de su abuela y pidió que la sacaran de ahí para trasladarla a una sala de juntas, le contó todo, desde como era su suegra en el pasado y de su complicidad con Becky. Su abogado le dijo que no se preocupara que saldría de esa situación fácilmente, al parecer Mary había sido la única que fue a preguntar que sucedía con ella después de escuchar los rumores de lo que había pasado en el pueblo y estaba dispuesta a testificar en su defensa.

No supo que papeles o contactos movió su abogado, pero en cuanto le tomaron declaración la dejaron en libertad, Mary la llevó a su casa pues no quería que regresara a la suya que aún estaba acordonada por la policía. Se instaló en una de las habitaciones de huéspedes, se dio una ducha y su amiga le prestó algo de ropa. Por ella se enteró que Jasón no había asistido al hospital porque estaba preparando todo para recoger el cuerpo de su madre, al parecer el gran Daniells estaba destrozado y no era capaz hacerse cargo del sepelio de su esposa.

Pensó en su hija y en lo que seguramente estaba pensando de ella, ahora veía cada vez más

complicado que la perdonaran.

Pasaron dos días desde la muerte de su suegra y ni su esposo ni su hija la fueron a buscar, Becky había sido detenida y estaba comenzando el proceso para llevarla a juicio, no descansarían hasta que no estuviera tras las rejas, pero eso no sosegaba el dolor que le producía el que Jasón no estuviera con ella, con mucha pena se dio cuenta de que no tenía ningún futuro en ese lugar, preparó las pocas cosas que su amiga le había conseguido de su casa y salió del pueblo igual que hizo diez años atrás, derrotada y sin ilusiones, lo peor del caso fue que, de nuevo, el motivo de su salida de ese pueblo era su suegra. Que ni muerta la dejaba tranquila.

Madeleine miraba al horizonte suspirando al ver uno de sus diseños modelado por una de las modelos más famosas del momento mientras hacían las fotografías para su nueva colección, suspiró al ver como el viento ondulaba la cola del vestido mientras la modelo sonreía enamorada, se dio cuenta de que anhelaba tener una boda así, donde la novia estuviera radiante de amor.

Recordó su boda, a la que asistieron cuatro personas y por supuesto ella no estaba usando un vestido de novia, dio la vuelta para volver al chalet que tenía rentado para pasar unos días de vacaciones después de que terminaran toda la sesión de fotos, caminó unos pasos sobre la arena en esa dirección pero se detuvo en seco al ver que un hombre se acercaba hacia dónde estaba ella. Su corazón dio un salto mortal al reconocerlo, era él, era Jasón, su esposo, el que la había dejado abandonada en una habitación de hospital.

Se quedó anclada a la arena de la playa y no reaccionó hasta que lo tuvo frente a ella, estaba igual o más guapo, si eso era posible, vestido con un conjunto de playa, su cabello rubio ligeramente ondulado se movía al compás de viento.

— ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó en un susurro, pesando que tal vez era un espejismo.

—Pensé que ya habías tenido suficiente tiempo como para extrañarme, cielo. Pensé que ya habías tenido el tiempo suficiente de mi ausencia para poder perdonar mis errores, nunca debí dejar que mi madre intentara hacerte daño, es algo que nunca me voy a perdonar.

Madeleine estaba completamente muda, a lo largo de los días pensó que Jasón no la había buscado porque la odiaba por haber matado a su madre, de hecho, días antes había enviado una nueva demanda de divorcio para que Jasón la firmara.

—Te he enviado lo papeles de divorcio. —susurró tan bajo que incluso pensó que no la había escuchado.

—Los mismos que rompí en cuanto me fueron entregados, no te vas a deshacer de mí, Maddi, ya cometí el error en el pasado de no venir a buscarte, pero esta vez no, esta vez ni tú misma lograrás alejarme de ti.

—¿No me odias por lo que sucedió con tu madre?. —Madeleine sentía que aún tenían una esperanza de comenzar de nuevo, de vivir su propia historia de amor, sin que nadie se interpusiera en ella.

—Eso forma parte del pasado, ese pasado que trataremos de olvidar —Maddi miró a todos lados, sintiendo que su corazón saltaba de alegría, él estaba ahí, estaba ahí por ella —, sé que nos costará mucho, pero te amo, te he amado desde el primer día en que te vi, desde el primer momento en que bajaste para encontrarte conmigo en ese cobertizo de las herramientas. Y nunca, escúchalo bien, Maddi, nunca voy a dejar de amarte. Por más que te le alejes de mí.

Madeleine no necesitó más que esas palabras para arrojarse a sus brazos llorando de felicidad, estaba ahí, y aunque aún no se lo creía, no lo dejaría escapar jamás.

—Te he amado desde el primer día en que te vi cortando el césped, nunca me arrepentiré de todo lo que tuvimos que pasar para llegar hasta aquí. Te amo más que a la vida misma.

Tal vez la vida diera tantas vueltas como una rueda de la fortuna, pero siempre te regresa al lugar donde debes estar. Porque al final del día de eso se trata, de arriesgarse y perder, pero también de arriesgarse para ganar.

Epilogo

Madeleine se estaba retocando sus rizos rubios antes de salir para el rodeo que se llevaría a cabo en Houston, su hija se había adelantado con Mary y su familia para alcanzar los primeros lugares, estaba emocionada porque era la primera vez que asistiría a un evento así, después de todo, regresaron a vivir al pueblo, en la misma casa, pero con la firme convicción de que esta vez nada resultaría mal.

—¿Estás lista?

—Lista —dijo mientras se ajustaba su blusa y comenzaba a caminar para salir de la casa, Jasón estaba nervioso porque ese año participaría en el rodeo.

Estaban sentadas en las gradas mirando a los participantes con el corazón desbocado, observó cómo Jasón salía de uno de los cubículos subido en una vaquilla que se movía sin parar intentado lanzarlo por el aire, en ese momento se dio cuenta de que vestido con su camisa a cuadros, su sombrero y sus botas estaba impresionante, era un auténtico vaquero, pero sobre todo se le veía feliz, tanto que no le importó cuando salió volando por el aire cuando por fin la vaquilla lo dejó tirado. Madeleine quiso salir corriendo para ver si estaba bien, pero Mary la detuvo al ver que se levantaba como si nada y sonreía al público que había comenzado a aplaudir porque era el primero en encabezar la lista de los ganadores, su hija gritaba como loca apoyando a su padre, y sonrió de felicidad, ahora sí, su vida y su familia estaba completa.

La única con la que tenía contacto era con su abuela, ya que con sus padres aún no quería enterrar el hacha de la guerra, pero a pesar de eso era inmensamente feliz. Después de salir del rodeo se fueron todos a comer a uno de los merenderos que más le gustaban, en compañía de Mary, su esposo y sus hijos. Todos estaban comiendo y riendo de las ocurrencias de los chicos, cuando Jasón la tomó de la mano para acercarse a su oído y susurrarle cuanto la amaba. Y sí, ahí estaba comenzando a vivir el amor de verdad.

Fin